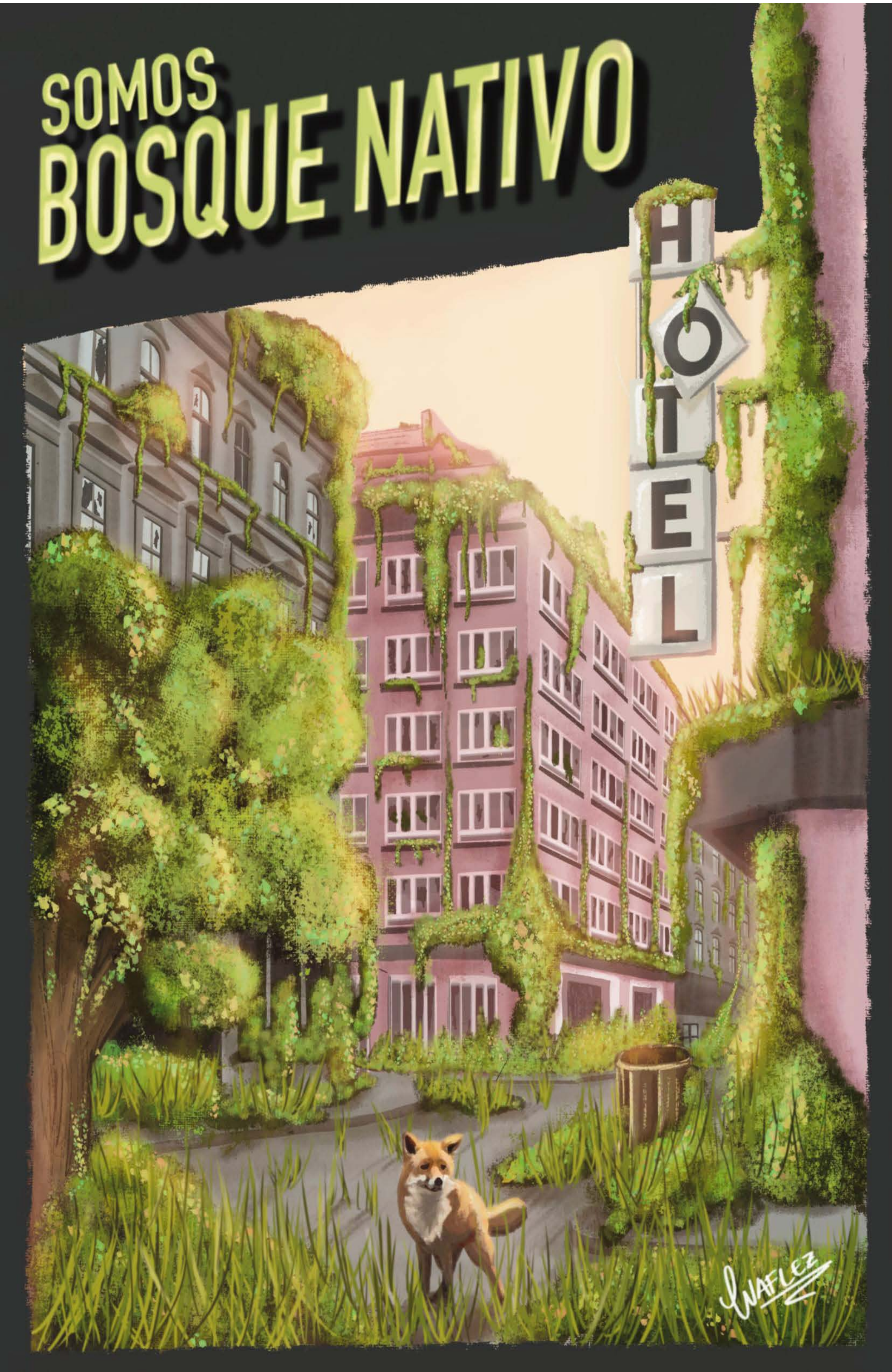

SOMOS
BOSQUE NATIVO
HOTEL

EDITORIAL NENCATACOA PRESENTA

Somos bosque nativo

recopilación de cuentos e historias de escritores y escritoras latinoamericanos

EDITOR:
Kevin Lezmes

CORRECIÓN DE ESTILO:
Stéfany Ordóñez

DISEÑO DE PORTADA:
Daniel Duque

PRODUCCIÓN Y TALLER:
Alejandra Quiroga

ISBN: 978-958-48-9974-3

visita nuestra pagina web:
editorialnencatacoa.com



Lista de autores:

-ADENTRO Y AFUERA: RICARDO MATAMOROS

-EL PUENTE, FUEGO, EL RÍO: MARÍA PARRA

-COMEBACK KID: FELIPE GONSALEZ

-LA CITA: SOFÍA VALENCIA

-EL DÍA QUE EL GUARAPO…: PEDRO PARAMO

-EPIDERMIS, SI MIRAMOS…, NECESITAMOS NOMBRES:POLUFONÍA

-DAMAS GRATIS: DANIEL RODRIGUEZ

-CUENCAS, TERESITA: DIAYANA MURCIA

-REMINISCENCIAS, SAUDADES, ESPACIOS ANALÓGICOS: ALEJANDRO SILVERO VIEDMA

-UN SOFÁ PARA LA GUERRA: JUAN P. MONTOYA

-DELIRIUM: MARIA JULIE PINZÓN

Contenido

INTRODUCCIÓN

(kevin lezmes)

Regularmente tenemos la pretensión de escribir y contar al mundo la experiencia que tenemos del mismo. Sin embargo, la experiencia de la existencia no es siempre del todo grata. La idea inicial de escribir se transforma intempestivamente en la idea final de vivir algo para escribirlo. No se puede escribir si no se vive, si no hay una experiencia visceral que nos hace desdoblarnos a nosotros mismos. En ese punto, entonces, literatura y vida se funden en una misma cosa a través de los cuerpos magullados por los golpes del destino o por los rostros accidentados que dejan marcas de un pasado tormentoso y en perpetuo movimiento, ya que solemos creer que el pasado se ha escondido en una capa de la memoria, cuando en realidad sigue vigente circulando por

el presente y el futuro. Las vivencias son marcan y marcamos, con el mismo fierro de la experiencia, a los que nos rodean.

Cuando la vida se convierte en relato es cuando se vuelve pertinente escribir. Pero no hay que olvidar que todo ejercicio intelectual inevitablemente se convierte en inútil una vez que experimentamos el viaje de vivir y escribir. Nos ahogamos en toneladas de imágenes y textos mientras la vida misma se confina a espacios cada vez más reducidos, cada vez más vigilados. Así, lo importante que experimentamos, los viajes espirituales que nos retrotraen a una primigenia versión de la existencia deben convivir con lo irrelevante, con el consumismo diario que satura cada uno de los aparatos tecnológicos que hoy se han convertido en extensiones del cuerpo humano más que en herramientas. Se ha pervertido lentamente la experiencia humana al punto que vendemos nuestra dignidad y nuestra libertad por un minuto de atención. Valdría la pena preguntarse si el desgaste diario, tanto emocional como físico que vivimos para mantener circulando la gran maquinaria del capital, que consume al mismo ritmo tanto a humanos como a la naturaleza debe seguir existiendo a costa de la creatividad humana.

Hoy me pregunto eso e invito al lector a preguntarse lo mismo. Justo antes de un veredicto me atrevo a responder que no vale ni una sola gota de

sudor o lagrima seguir perpetuando la reproducción de esta absurda forma de vida. No conozco la formula de combate efectiva, ni el modo en que un día, de repente, despertemos en una utopía imposible de llevar a cabo incluso en el pensamiento. Prefiero invitar a la pequeña acción, al sabotaje mínimo, al activismo de la sombra. La sociedad que instrumentalizo la racionalidad como la única forma de ser en el mundo es víctima, entonces, del sentir que nos exigimos. Del sentimiento que hoy se vuelca como irracionalidad política y social. No tememos la muerte más que la muerte propia. Todo lo hemos volcado al calculo infinitesimal de la existencia, todo, incluso la vida, es objeto de una gráfica estadística.

No es una queja más que una denuncia y una renuncia. Sin ir más lejos de lo obvio, es claro que las cosas no están bien, pero ¿Cuándo lo han estado? El mundo vive un profundo estado de locura violenta e insaciable mientras ocultamos los sucesos con el mismo dedo que validamos las compran a créditos bancarios. No vale la pena seguir ocultando el sol con un dedo o limpiando sangre de las calles con cloro, vale la pena, entonces, actuar.

Con esa idea en mente decidí leer para ilustrarme y terminé leyendo para vivir. Las historias que me tope en el camino me llevaron por varios momentos de la historia que son extraordinariamen-

te similares a los nuestros y que así mismo han sido atravesados por sucesos e historias que vale la pena leer y contar. Volcado sobre las librerías me llevé a casa varias decepciones. La primera de todas es que los libros que priman en ventas regularmente no responden a un relato de la vida. Mas bien son todo lo contrario, son un relato de lo que no es y nunca será la vida. Los que hoy llamamos grandes escritores suelen ser hijos de enormes sumas de dinero en promociones y publicidad de las editoriales que han reestablecido un nuevo rumbo: vender a costa de todo. El valor cultural de muchos libros está relegado a un valor meramente comercial, un valor de cambio con paupérrimo contenido de interés para la vida. Al principio la decepción me relego al refugio de las letras antiguas, pero un poco después me invitó, precisamente, a la acción.

Entendí que no hay otra forma de comprender nuestro presente más que leyendo las vivencias de quienes son sus actores directos: los escritores. Ellos viven y cuentan sus vivencias a través de relatos que deben convivir también con lo irrelevante del momento. Me propuse en ese momento no sacarlos de la oscuridad para llevarlos a la luz. Mi trabajo es mucho más humilde y me limite a conversar con ellos, a entender a qué viene el querer escribir, no solo por su finalidad intrínseca de contar, sino por su acción social: contar para

ser escuchado y asumir, después, el papel del que escucha. He decidido llamar a los escritores con quienes conversé "contadores", pero no de números, como solemos entender aquella palabra. Contadores, más bien, en su sentido primigenio: el que cuenta, el que narra, el que vivió para llevar su fuego prometeico a los oscuros rincones de la existencia humana. Estos contadores y juglares son el inicio de un pequeño proyecto que decidimos bautizar como editorial Nencatacoa.

Esta editorial surge de preguntarnos como es posible llevar a la acción esas ideas que hemos concebido. De ese modo en un claro desafío a la proliferación de lo irrelevante decidimos encontrarnos y conversar en un espacio donde todos aquellos que quieren hablar sean escuchados. La editorial pretende publicar a aquellos autores que, a pesar de contar con poca experiencia en publicaciones, tenga la posibilidad de iniciarse en el gran mundo de la publicación. La convocatoria junto con el trabajo editorial fue adelantado por un equipo de personas comprometidas con otorgar por un momento, la voz protagónica a aquellos autores interesados en darse a conocer en el mundo de la publicación y el trabajo editorial.

De este modo adelantamos una convocatoria donde cualquiera podían enviar su escrito con altas expectativas de ser publicado. El proceso de arbitraje y de corrección de estilo corrió a cargo

de personas comprometidas con conservar lo más posible el estilo único de cada autor. En esta publicación se encontrarán escritos polémicos, trascendentales, tristes, viscerales y algunos incluso nauseabundos. Decidimos publicar la casi totalidad de los textos debido a que nos inscribimos en un valor que ha acompañado el hacer profesional de todos los que intervinieron en el proceso de edición y es que, ya que todos vivimos y nos comunicamos, todos podemos contar y escribir siendo sujetos aptos de escucha.

Este espacio que hemos abierto para las publicaciones de contadores emergentes se da en el marco de querer arrancarle de las manos la capacidad humana que se pierde y se difumina en las grandes editoriales. Desde la pequeña editorial Nencatacoa nos encargamos de escuchar y publicar, haciendo filtros solo a las formas ortográficas, lo que se cuenta y su valor literario será determinado por el lector.

El nombre de la publicación "seamos bosque nativo" responde a este valor intrínseco en el que nos apartamos de la consideración de lo "publicable", donde prolifera solo el valor económico de las publicaciones más que el hecho mismo de querer contar. De este modo, la analogía corresponde a la pretensión de los grandes emporios económicos y sociales de aspirar a homogeneizar la vida humana en un halito de normalidad muy

similar al proceso que en agricultura se conoce como el cultivo homogéneo o "monocultivo". En América latina especialmente esta figura analógica en la agricultura y en la cultura han adquirido una potencia que nos obliga a tomar una posición critica frente a la aspiración de convertirlo todo en objeto de consumo y en sujetos obedientes. El bosque nativo es un llamado a revertir el proceso de la homogeneización, es una invitación para retornar a la raíz original de la diferencia, de la alteridad gravemente amenazada por la avanzada incesante de la normalización.

El bosque nativo funciona, entonces, como analogía y como invitación a la acción. Tomar las riendas de nuestra realidad supone rebelarse contra lo previamente establecido, ya sea retomando las enseñanzas culturales de la tradición precapitalista, o bien inventando o imaginando un mundo, primero en papel.

ADENTRO Y AFUERA

Ricardo Matamoros

Pasaba el séptimo día de encierro, cuando notó una fila de hormigas que se paseaban por el suelo, de un extremo a otro de su pequeña y humilde habitación, amoblada solamente por una cama sencilla y una mesa grande sobre la cual reposaban un ttelevisor antiguo y un computador portátil junto con algunos libros y hojas revueltas. Se inclinó entonces para observar aquella pequeña colonia de insectos que llamó su atención; pensó que la causa de su aparición era un pedazo de pan que había dejado caer bajo la cama y que olvidó recoger. Con su dedo mató algunas de ellas, recogió el pan de debajo de la cama y se levantó, sin prestarle mayor importancia al suceso se dispuso a continuar viendo la televisión. La cuarentena recién iniciaba y él se sentía cómodo, no era una persona muy sociable por lo que el aislamiento no alteraba su ciclo de vida normal, que consistía en despertar, ver la televisión, hacer alguna lectura y contemplar el cielo al atardecer mientras camina-

ba por la ciudad o permanecía sentado en alguna banca de un parque. Cada quince días salía al banco a cobrar la renta de la casa grande que sus padres le habían dejado como única herencia, lo que se constituía en su único sustento para vivir. La casa le traía recuerdos de un pasado de felicidad que nunca más recuperaría, por eso no le era posible vivir en ella, además la renta le permitía vivir sin trabajar, controlando su tiempo y su vida. Ahora la cuarentena no le permitía dar sus paseos por la ciudad o sentarse a alimentar las palomas, por lo que debía recurrir a la ventana, convertida en su única conexión con el mundo de afuera.

Al despertar al otro día lo primero que vio, en la pared de enfrente, fue la fila de hormigas que subían y se desaparecían al entrar en un orificio ubicado en la parte de arriba. Se sintió molesto de que la colonia hubiese crecido tan rápido y de que estuviera invadiendo su espacio. Se levantó de la cama y fue a la cocina para traer el frasco de café, pues su madre alguna vez le había dicho que éste era un buen remedio para este tipo de plagas. Regó los granos de café por el suelo y entre las grietas de la pared; con la tarea cumplida volvió a la cocina a preparar el huevo frito y el café en leche que acostumbraba a tomar de desayuno. Al volver a la habitación se quedó un rato largo mirando por la ventana, hacía un exterior en el

que nada pasaba, tan solo las hojas de los arboles mecidas por el viento y una que otra ave que se cruzaba por su vista. El sol brillaba hermoso ascendiendo por el cielo y extrañó entonces sentirlo en su rostro junto con la sensación del pasto cortado entre sus manos.

Pasó todo el día entre la ventana, un libro clásico de literatura y la televisión, en la que veía los noticieros que lo mantenían informado sobre el avance de la epidemia y la situación de la cuarentena, que parecía tornarse para largo.

Al ser casi la media noche cayó profundamente dormido. Al despertar a la mañana siguiente sintió frustración por no recordar lo que había soñado, llevaba ya una semana así y le frustraba, pues era un apasionado del mundo onírico, ya que este le proporcionaba una realidad más llevadera y alegre en comparación a la vida rutinaria. Los sueños eran el único espacio que realmente sentía como suyo y le hacían reencontrarse con personas de su pasado. Soñar con sus padres o con ella hubiese sido lo único que habría logrado sacarlo de la monotonía en la cual lo sumía el encierro, el cual consistía cada vez más en inclinarse y observar la interminable hilera de hormigas que ya no solo cubrían una franja del piso, sino que cubrían el contorno de dos de las cuatro paredes de la habitación.

La nostalgia y la desesperación lo llevaron a sentarse frente al computador a escribir un correo electrónico:

> "Con la anterior se cumplen cinco noches en las que no sueño. En este encierro cuanto me aliviaría ver tu rostro, tan siquiera en un sueño fugaz. Antes, cuando se podía pasear, maldecía ver tantas personas y que ninguna fueras tú, buscaba sin cesar ese rostro que nunca más apareció. Ahora siento la necesidad de soñarte, pues el peso del tiempo va borrando pequeños detalles de mi memoria, necesito verte en cualquier forma para sentir que esos recuerdos felices no son sólo parte de mi imaginación, pues ya no distingo muy bien entre la fantasía y la realidad. Pensé que el encierro sería más llevadero, pero empiezo a extrañar ciertas cosas. Ha aparecido una plaga de hormigas en mi cuarto, van creciendo muy rápido y están empezando a molestarme. En fin, solo quiero que todo esto acabe para poder volver a buscarte entre la gente. Espero que este mensaje no sea ignorado como todos los anteriores, tal vez algún día puedas perdonarme y volver."

Pasó otra noche sin sueño, al despertar y después del desayuno se paró frente a la ventana y observo los mismos arboles y las hojas secas arrastradas por el viento en el suelo, el cielo estaba nublado y dejaba pasar solo tímidos rayos de sol. De repente su vista se desvió hacia la pared por la cual circulaba la interminable fila de hormigas, se quedó mirando y siguió su curso con la mirada. Se inclinó para ver las que caminaban por el suelo y empezó a observar sus comportamientos, su or-

ganización, su ritmo. Veía como cada cual cumplía una tarea específica y cómo seguían un orden estricto sin cuestionarlo y sin salirse de las líneas establecidas, salvo algunas excepciones; no son tan diferentes a los humanos, pensó y recordó un fragmento de Nietzsche el cual le hizo reflexionar sobre cómo tan diminutas criaturas debían pensarse, también, el centro sobre el cual gira el universo. De igual manera agarró el encendedor que posaba sobre la mesa y pasó la llama sobre la hilera de hormigas, calcinando todas las que pudo.

Días después, lo primero que hizo fue revisar su correo electrónico con la idea de saber si había obtenido respuesta. Al darse cuenta de que no se sintió sumamente triste, por lo que no quiso siquiera preparar su desayuno habitual. En lugar de eso tomó solo un vaso de leche fría y comió un pedazo de pan que debía llevar más de diez días sobre la nevera. Aquel día no quiso asomarse a la ventana, su mirada se concentró en la fila de hormigas, que ya cubría casi la totalidad de una pared y el contorno de otras dos. Se quedó simplemente observando como caminaban y se perdían entre las grietas de la pared, una tras otra sin final aparente. Observó y observó tanto que casi toda la tarde se le consumió en ello, se sintió cansado, melancólico, pero más que nada, abstraído de todo aquel mundo exterior que ya parecía una

irrealidad para él. Se recostó sobre la cama y cerró los ojos, al abrirlos, se vio a sí mismo inmerso en la fila de hormigas que tanto lo atormentaron, cargando sobre su espalda una migaja de pan. Ahora era parte de ellas y caminaba en línea recta en medio de otras dos hormigas, a su vez seguidas de otras y otras sucesivamente, su cama era tan gigante como una gran montaña. Aún quedaban quince días de encierro.

EL PUENTE

Maria Parra

Siempre estuve del mismo lado del puente, con temor a cruzar y terminar decepcionado de lo que pudiera encontrar. Dónde esperaba inmóvil podía ver algunas cosas que ocurrían del otro extremo y nunca me anime a pasar hasta que un día no hubo otra opción.

Llevaba toda mi vida observando como espectador, de mi lado ya no quedaba nada, ni un camino por explorar; todo se había tornado oscuro y solo había una luz que apuntaba al puente en las noches. En el día los animales convivían, cazaban, corrían, jugaban, eran libres; los veía y no había momento en el que no los envidiara, pero cuando el sol se ocultaba no quedaba más que el silencio que me invadía, que me hacía sentir diminuto.

Quise escapar de la verdad, tanta soledad me había vuelto loco al punto en el que olvidaba mi nombre después de parpadear y no ver el puente por un par de segundos, el abismo quedaba suspendido mientras la brisa acariciaba mi mejilla y el susurro de la muerte me pedía que la acompañara.

– ¡Salta, por favor! ¡Salta! Aquí te espero.

Me lo decía con dulzura, pero yo intentaba hacerme el fuerte aunque siempre imaginaba que podría saltar con la esperanza de alcanzar el otro extremo, sabiendo perfectamente que no era posible pues el puente estaba allí por una razón muy clara. No cualquier podría saltar, pero tampoco cruzar sin perder la fe de poder regresar.

Escuché mis sueños derrumbarse como naipes y fue ahí cuando no hubo otra opción, la tristeza junto con la soledad y la oscuridad invadieron mi lugar del puente y entre lágrimas tuve que correr hacia él mientras mi amada soledad se burlaba de mí con la muerte, ellas sabían que ese puente era una ilusión en la que muchos otros habían caído antes.

Me sentí abrumado por tantos pensamientos mientras corría, pues no sabía que estaba tan lejos y sin embargo cada paso se hacía eterno mientras recordaba mi propia voz diciéndome que no de-

bía pasar, la decepción se hacía cada segundo más grande pero mis piernas ya no podían detenerse, eran libres como siempre quise ser.

Corrí hasta llegar al borde y unos centímetros antes sentí la paz, la calma; una más grande que la que llegué a sentir después de ver a los animales convivir. Siempre quise sentirme así, abrí los brazos, cerré los ojos y di un paso hacia el puente. Sin embargo fue automático, mi pie tocó por unos instantes su estructura y se desapareció, me dejó ir al fondo del abismo en el que ningún puente pudo sostener mi liviano cuerpo.

Entre lágrimas de felicidad, escuche a mi amada decirme “no estarás solo nunca más, la muerte y la oscuridad te acompañaremos” pero ella no sabía que desde el primer día siempre estuvieron conmigo, fueron ellas las que me obligaron a saltar pero ya no tengo miedo ni desesperanza, ya no hay tristeza, solo hay paz… La paz que me dio saltar.

FUEGO

Maria Parra

El olor de putrefacción lleno el lugar y mi piel manchada de ceniza y mugre no podían ocultar lo que acababa de pasar. La muerte ahora no parecía tan distante pero no la podía considerar un consuelo ni siquiera después de tanto tiempo.

Mis manos aún temblaban y no pude evitar que las lágrimas recorrieran mis mejillas, dejando una marca que se hizo una con el polvo, era imposible creer que lo ocurrido hutbiera tenido lugar frente a mis ojos y me hubiera puesto en el lugar del protagonista.

Quise huir, gritar y hasta acabar con mi vida pero ¿de qué serviría? llevo toda mi vida queriendo morir, pero en ese momento el solo hecho de

pensarlo me hizo querer vomitar. Sabía qué si no había podido hacerlo antes, justo allí, de pie con las gotas salir de mis ojos, no lo lograría.

La volví a ver tan blanca pero llena de suciedad, quería acercarme, lavar su cuerpo, decirle que todo estaría bien una vez más, sin embargo sabía que no me escucharía aunque gritara con la poca fuerza que me dejó la lucha que nos llevó a estar allí.

Empecé a escuchar mis propios sollozos, busqué una mirada que me salvara pero estaba solo junto a su cuerpo inerte. Me dejé caer junto a ella y acaricie su piel, quería sentir la calidez que me hizo sentir bien un día pero no la encontré, la muerte volvió para acariciarme el cabello, la sentí como una pequeña brisa que me hizo olvidar de todo por un momento.

Me acurruque junto a ella, como lo había hecho otras tantas veces; toque sus mejillas que ya nunca se sonrojarían de nuevo, no paré de llorar en ningún momento, era un llanto silencioso que me abrigaba, me acogía; pronto me quedé dormido y en mis sueños pude verla, se alejó de mí sin decir nada e inmediatamente volví a mi realidad. Abrí los ojos y allí seguía, pero mucho más pálida que antes.

No sabía qué hacer con nosotros, nada de lo que dijera podría solucionarlo, al menos no como las otras veces. Pensé en dejarlo todo igual pero

no podía irme viendo que ella seguiría allí. Necesitaba hacer algo con nosotros así que decidí quedarme.

Ya han pasado algunos meses, logré calmar un poco el proceso de descomposición de su cuerpo, la tengo en la habitación, con su ropa favorita, está acostada justo ahora mientras en la televisión se reproduce su programa favorito.

Quiero confesar que nunca fui un tipo rudo, nunca la lastime antes y si pudiera no lo hubiera hecho, pero todo se salió de control sin darme cuenta. No justificó mis actos y solo Dios sabe que quiero acompañarla, irme con ella a donde sea que se encuentre para ser simplemente nada a su lado.

Llevo planeando esto por un par de semanas, aún nuestros conocidos no se dan cuenta de lo que sucedió, solo bastó con hablarles de su sueño, trabajar fuera del país una temporada mientras yo conseguía dinero para ir con ella. Se lo creyeron por completo, pero ahora empiezan a sospechar un poco por lo que debo hacer esto pronto no sin antes explicar lo que sucedió.

Estábamos bien, habíamos planeado un viaje y todo marchaba de acuerdo con el plan; pero ese día cuando volví a casa ella estaba fuera de sí, lloraba y yo no entendía qué pasaba. Le pedí que me

hablara y se abalanzó sobre mí con tanta fuerza que no comprendo cómo fue posible que siendo tan pequeña pudiera ocasionar tanto daño.

Intenta calmarla y por unos minutos lo logré, ella no paraba de llorar pero parecía que pronto estaría mejor, la abracé como una premonición a lo que haría unas horas después. Logré ver que dormía, me levanté e intenté pensar que la había llevado a ese estado; revise su celular, su computadora, incluso le di un repaso a mis conversaciones pero no había nada que hubiera podido alterarla de esa manera.

Justo ahí me di cuenta de todas las veces que había ocurrido lo mismo pero que, por amor, lo había olvidado. Siempre fue igual y yo era quien estaba para ella. Empecé a llorar desconsolado y no entendía la razón, me senté junto a ella y entendí que nunca iba a ser suficiente para ella por más que hiciera todo lo que me pedía, por más que cumplía sus caprichos ella no podía ser feliz y en mi mente hubo un colapso. Sus gritos quedaron grabados y fue allí cuando recordé todas y cada una de las veces que me dijo que quería morir.

Quise darle el mejor regalo que alguien podría hacerle así que fui a la cocina y tomé un cuchillo. Volví a donde descansaba, le di un beso en la frente, no podía dejar de llorar pero por un momento todo fue claro, para que pudiera ser feliz gracias a

mí, debía matarla, ¿quién más que yo para cumplir su sueño?, la amo más que nada en el mundo, así que tomé el cuchillo con fuerza y solo deje que su sueño se hiciera realidad.

Pensé que sería sencillo, pero todo se nublo frente a mí y no logro recordar aquello que sucedió desde la primera vez que sentí al cuchillo perforar su piel. Solo recuerdo abrir los ojos en algún momento y encontrarme con la escena, los olores y el perfume de su sangre manchada de muerte y a mi frente al fuego que apague de inmediato.

Aquí termina nuestro viaje, no pude soportar todo lo que conllevaba tenerla y quise cumplir sus sueños, la amaba, aún hoy la amo y por eso es mi momento de ir a su lado.

EL RÍO

Maria Parra

Entre lágrimas el mundo me pesa más y más, no es como si cada una de ellas me liberará de la carga que llevó a cuestas, por el contrario, cada una se agrega al dolor que abruma mi alma, pero decido continuar dejando que mis pasos avancen y se borren como las huellas que rellena el mar con arena y conchas.

Un extraño hedor se apodera de mí y de todo aquello que me rodea, no es mi culpa pues es inevitable. El mismo olor que acompaña a la muerte y que es sinónimo de tragedia; ahora es mi manto, me sigue sin dejarme solo, quisiera poder escapar pero todo me ata a lo que fui y a quienes me hicieron daño. Contar otra historia parece imposi-

ble, aunque todos vean que mi alma está perdida, nadie hace nada por ayudarme, todos se quedan inmóviles frente a mis gritos silenciosos.

Me ahogo en mi propio interior, quiero respirar pero una capa inmunda que se mezcla con lo maravilloso no me lo permite aun cuando la espuma pesada se convierte en nube de algodón sobre los ojos de todo aquel que esté dispuesto a observar sin asquearse.

Me siento terrible, sé que causo daño con mi existencia a todo aquel que decida estar cerca, pero ellos se quedan ahí mirándome en silencio, como si les robará el aliento. He acabado con mil vidas y no me parece justo, estoy solo pero no desde siempre, antes era vida, daba aliento de la misma manera que lo hacen las palabras de una madre conmovida; ahora es imposible moverme, es similar a un caudal de dudas que se convierten en piedras y me arrastran sobre la greda.

Es pesada la carga que llevo, que otros me han puesto a cuestas pero ellos ya se han ido, incluso me han olvidado, continuaron como si yo no existiera; sin embargo, la realidad es distinta, llevo aquí más años que ellos mismos, se supone que seguiré aquí aun después de que ellos hayan muerto, pero ya no lo quiero, quisiera morir al igual que lo han hecho otros que dejaron su marca en mi interior, haciendo que cargue con cadáveres que se descomponen al igual que la poesía que se

recitan los enamorados pero que luego descubren no es más que literatura la cual no se sobrepone a la existencia.

Me duele estar aquí, quisiera tener la opción de morir pero se lo que eso significa, acabar con todo lo que fui, con mis sueños, mi esperanza y con la de todo aquel que confió en mí. Pienso en que algún día llegará un superhéroe que decida rescatarme de mi propia inmundicia, de todo esto en lo que me he convertido, quizá llegue volando y se convierta en un cuento mágico de hadas que cumplen deseos de almas perdidas.

Intenté de todas las formas salvarme – ¡claro que lo hice! -, antes de que mi voluntad se tornara oscura pero fue imposible hacer que las cosas me salieran bien, necesito a alguien más que me ayude, que me salve de todo este mal.

Debo esperar y no se cuanto tiempo pueda soportar esta tortura que me carcome con cada suspiro, pero las maravillas que surgen de esta suciedad que emana de mi existencia no dejan de hacerme creer que no todo está perdido, que se puede crear algo hermoso entre todo lo malo que me rodea y aún cuando el mundo me diga que esté no es mi lugar, lo prodigioso me mantenga con la esperanza viva.

Es posible que sea cierto que "estamos destinados a destruirnos", que todo lo que hacemos es para causar daño, incluso a nosotros mismos; pero podemos cambiar la realidad que vivimos y empezar a transformar el dolor en firmeza.

Por el momento me quedaré inmóvil, todo lo que puedo hacer por mi ya está hecho, tal vez sea absurdo creer en historias de fantasía pero pronto llegará esa persona que se de cuenta que sigo brillando, me dará una mano, limpiará mi impureza, me permitirá correr con calma, me dará vida y permitirá que yo se la dé a otros. Hasta ese momento dejaré que todo ocurra como sea posible, no pediré ayuda, esperaré cada segundo que mi sueño se cumpla.

COMEBACK KID

Felipe Gonzalez

La cosa me llamaba la atención y claro, ya me estaban comenzando a picar los ojitos: moría de ganas por sentir todas esas texturas sin conocer sus dueños. Es que, soy algo fanático de todo lo que huela a macho y a promiscuidad. No lo sé, en algún punto tenían que saberlo y supongo que lo entendieron porque se dieron cuenta, no lo sé, de que es lo único que me mueve, lo único que tengo en esta vida. Pero eso no es lo que les importa en realidad. Además que ya estoy sintiendo el olor de todo eso y temo volver a despertar en medio de grumos.

Convencí a Pepo y a su chico de que me llevaran al que habían montado *caletico* en Matatigres. De una dijeron que sí, que por ser copete no me cobraban y que "todo bien". No puedo definirlo

porque sé que atentaría contra la danza del cuerpo experimental. Mi mejor amigo me lo había dicho pero no le creí ni *pío*. Tampoco a mi papá. A todos nos habían metido ese miedo desde chiquitos y nunca lo sentimos como tal. Era más por ahorrar luz y para que yo no jodiera tanto de la purita madrugada. Todo por mantener la tradición viva.

Estuve cruzando el mapa de la verdad y bueno… sí, ahora creo porque lo vi de golpetazo, precisamente por sentirlo tan natural. Nada que ver por ahora… son muchos.

Les avisé que iría un día de perros mixtos bandidos y caí un jueves de octubre. No tuvo la menor importancia y por algo fue.

Mi primera vez en un sitio así. Mucho sin sentido y cambiando de asiento a cada rato porque las miradas de ellos me ponían algo perdido. ¿Eso que sientes en los tobillos después de una buena venida de toros? Algo así pero como con timidez. Salpicaba sonrisitas por todo lado y ellos sabían muy bien qué significaba todo eso.

Al principio fue aquello.

Pepo me dio unas llaves con cauchito y me llevó a un cuarto repleto de casilleros. Empezaba a entender y ellos seguían sin saberme.

¡Wo! Lo siento: de nuevo me veo cayendo al vacío. Todo vuelve una y tres y más veces. Lamento esto. Uff… bueno ya, shhh. Ya, ya va.

Muchos se dejaron desnudos. Solo tres tipos y yo nos pusimos la toalla que nos habían dado a la entrada. Me quedó cortica, haciéndome ver todo feroz y apretado.

Los vi y me puse pispo con unas cremas que estaban en el peinador. Los hice mojar y eso hizo dejarlos. Me contoneé *flush flash flush flosh flash flosh*. Pierna fuerte contra la otra y paso a paso, hasta un corredor con luces de neón abisales.

Uno que otro partícula estaba mostrando sus dotes de chupador. Nadie despertaba a eso. hasta ahora todo normal. Al lado izquierdo se encontraba lo desesperado, los ahorros de la semana, lo escape de mi esposo malparido, lo deseo bien en el coco caliente. Todos suertudos.

Seguí caminando bien grosero porque sabía que detrás estaban dos jovencitos como yo y un señor como que cuarentón pero con un pechito que ni hablar. Noveno sentido: muy deliciosas esas vibraciones. Uno de ellos me quitó la toalla y me metió la mano. Un *saltico*. Me comenzó a chupar la boca de lado a lado mientras me manoseaba las bolas de arriba abajo. Le dije suave, luego que duro, exclamé ¡que rico! y me pasé los dedos por el ano.

Los otros entraron al cuarto y solo pude escuchar un olor a cloro seco. Puse mis ojos sobre sus brazos y se unían. Lo vi y sus pupilas eran rojas: primer encuentro con hemorroides. Me tomó del cuello.

Sus brazos se volvieron uno y era una mano de treinta y ocho centímetros que me ahogaba contra una pared de ladrillos y vinilo negro.

Lengua de pato, de amigo primerizo con mallas de hueco grande, de exceso de etílico, de cepillo de dientes bien en la glotis. ¿Y los ojos? Corridos para allá y para el cielo, para la mano que se desprendía del cuerpo dejando solo marañas de pelo delgado rasposo.

Sentí que rompí el techo con mi cabeza y vértigo con solo mis botas blancas viendo los amarres del Cementerio del Sur. Presionado contra el techo. El chico ya no estaba y como si tus amores te dijeran que eres un extraño. Contra el piso a ochocientos kilómetros por segundo.

El doctor dice que mi cara necesita mucho tiempo de cicatrización. Pero eso no porque hay mucha luz confusa y poco interés en esto.

Supuse que fue el popperazo, así que me eché otro y entré tambaleando al cuarto oscuro.

¡Qué planeta!

Como una tapa de fuego arrastrándose por el cuarto iba y venía de esquina a esquina. Tropecé con varios que estaban en cuatro y cuando me puse de espaldas contra una pared para ver si podía distinguir alguna silueta o algo, sentí todo un pedazo de semen en mis piernas. Me dio cosa pero ¿y qué? Me lo dejé ahí colgando y apunté a

la nada. Una mano tomó mi índice y lo subió un poco. Besitos y lamidas, hasta que por fin se lo metió en la boca jalándome todo el cuerpo.

Sin culpa lo pisé (puro silencio). Con culpa lo besé (tremendos rugidos). Me cogió los hombros enterrándome los dedos y sentí como la mugre encarnada me quemaba la piel y se mezclaba con la sangre regada. No dije nada porque era muy nuevo. No le temía al Sida así que no iba a ir en contra diciendo cosas y dañando el momento.

Mi cuerpo habló. Así es como debe ser a menos que andes con un *lentico*. Sentí un abdomen al frente, delgado, con puro sudor frío pegachento. Lo lamí y agarré su pene que estaba duro contra el ombligo. La mano de atrás me estaba pasando roces por las nalgas y rasguños en el cuello. Salido de las manos de todo rico hombre sin nombre y me sentí decoración tipo mesa de revistas con tintos encima que olía demasiado a imitación de Speed Stick en gel.

Luego de sentir una carne encima del cuarto ojo intentando forzar la retina que solo saca y anti-todo porque empuja lo que no necesita y sí quiere.

¿Cómo fue?

Jugando con un pene y en el piso un cuero que se estiraba el borde para que yo hiciera de puente entre inicios y arruguitas.

Es que no entendí algo.

Se me chupó hasta las bolas y peludo por dentro. Haciéndome entrar más y que mi pelvis se rozaba con la entrepierna que tenía uñas tamaño Kilométrico negro. Mentira eso de que las niñas son las únicas filosas. Haciendo un pacto con el *trocito* más bellaco. Éramos cuatro y sin contar los otros tirados al lado y encima del techo, pegados a las paredes sin saber qué tan larga era toda esa conducción.

Agarraba más cancha. Ya mis piernas y mi pecho estaban dentro de él. Veía venir ahora sí la otra oscuridad. Soy un *mañosito* por no distinguir el placer entre muerte y magia. Tal vez de esos que no vienen del señor sino del empleado. Un error que rompe con las propiedades de toda ciencia y sociedad. Los ojos idos y desperezándome en manos del peluche congelado. El dolor de toda la espalda que en cada movimiento sonaban "craks" y que en cada movimiento no sonaban craks para acostarme relajado con los ojos concretos de sueño. Las almas esas que me hablaban sobre no quedarme mucho tiempo eran todas ahora sí con escarapelas llenas de edades y países. Sus pestañas no estaban nunca en las cabezas. El orgasmo que se venía bajando para irse subiendo con los dientes templados como puro perro c*arramaneado* por la necesidad de lo porquerío efímero. Fantasmas malocultos por los huesos que se volvían contra sí cual pisadas en vidrios de estos laberintos a la

deriva. Capas duras por blandas ofensas y las garras que me arrastraron de los tobillos intestinos bajos. La cama levantándome para ver mis manitas tomando las puntas de una cobija forrada sobre sabana de silicona y todo al borde del colchón. Cubriendo mi cara cada vez más y *pá pá pá* en las rodillas y caminatas sobre la madera y *pá pá pá* en los hombros y allí la uña del pulgar y *pá pá pá* dentro del corazón. Se clava a la cabeza de un tornillo y lo quema. *Pá pá pá* la cama. Abajo y la cobija toda encima. De *cucharita*, no ver, para nada. Cabeza bien escondida y con un silencio ágil que desbarató toda ilusión de lo que fue una vida bogotana de veinte pendejos años… ¡El gemido más gaseoso! me botó de la cama con una mano enterrada sobre el pene erecto sufriendo las preguntas de todo lo que chilló un pasaje en bus por llegar a encontrar lo que siempre me observaba con terrores de vaso con agua y pedazo de tinta de resaltador ultrafino. Sin saber qué y la tocada de tierra como una expulsión horripilante de motas y baba con caca.

Las luces maduras cayendo al pecho de este varón precioso. Derrotado por mi especie y cada vez más colorido de cola y cachetes que cuando le toco el ano siento que fue puro semen aguado y luego dura orina.

Como un repelente honesto me toqué el pene y no había sino espesura de *güevas* regadas en mi entrepierna, el piso y todos ellos.

De repente alguien enciende los bombillos blancos auxiliares y me veo cubierto de pelitos que me levantan tarareando.

Un creyente, como dije.

Ya no me puedo echar a llorar por perderme carne propia. Igual sigo siendo el que siempre he sido. Todo es cuestión de hábitos. Que el metabolismo emprenda normalidades con menos peso. No recuerdo cuantos gramos fueron pero menos mal no se pudieron rescatar esos mamoncillos reventados; así la brujería no tiene que mandarme más criaturas para dañarme los tiros. Solo son amarillos y a veces no salen pero eso no dice nada. ¿Puedo pretender? Me da igual todo aquello y el reposo, se lo aseguro.

Los hilos se escaparon con los desmayos en la enfermería y los cortocircuitos de la ambulancia. De vez en cuando vuelvo a ver por el balcón los dolores de la noche pero me cubro con cremita, me pongo el nombre bien puesto y entro con paso de tirada de dados para decirles que acá quien pone las reglas soy yo. Por engomado, despistado y escurridizo. Allí, saltando, manoteando vientos y vergas, me recuerdo que no vale la pena recordar. ¿para qué? Soy un cuento distinto. Soy lo que quiero decir para embolatar. ¿Acaso sirve esto?

¿Acaso le sirvo para algo? Supongo que son entramadas de hombres que no entienden quién soy y porqué vine así, tan al ras. Decidido a callar por el precio de la libertad.

No sé, siempre quise enterrar males así.

LA CITA

Sofia Valencia

Se despertó con el desafinado pitido del despertador, el calor de las 10:00 a.m ya se sentía en el cuarto y un pequeño rayo de sol entraba por una abertura entre las cortinas, cayendo en la pequeña planta que tenía sobre la mesa de noche. Se levantó y fue a la cocina, caminaba en compás impar, 7/4, inusual, tal vez en corcheas.

Prendió la cafetera y abrió todas las ventanas del apartamento, tomó tres tintos con dos panes y un poco de mantequilla en ellos, mientras pensaba en la reunión que tendría en la noche; llevaba meses aguardándola, la añoraba, quería verla ¿Cómo se iba a vestir? ¿Debería comprar flores y encender velas? demasiado romanticón, tal vez, un tal vez a todo.

Terminó el café, lavó los platos y alistó los utensilios para asear la casa, quería dar una buena impresión; limpió los azulejos del piso y el espejo, barrió y enceró la madera, sacudió el polvo y regó las plantas. A las 12:00 p.m. el proceso la había dejado extenuada y con un fuerte olor a sudor. Se bañó, lavó su cabello y exfolió su rostro ¿Sería esforzarse mucho si se maquillaba? llevaba meses sin hacerlo, la pestañina estaba seca y el labial ya no tenía color, sintió como los polvos empañaban sus poros. Sorprendentemente se veía hermosa y el vestido negro aún contrastaba a la perfección con su blanquísima piel, incluso los rizos le agradecían haber sido pasados por un cepillo.

Cogió sus cosas y salió, bajó las escaleras en compás par, 6/8, algo común, tal vez en negras. Doña María cuenta que la vio pasar por enfrente de la panadería a eso de las 3:30 de la tarde, dijo que estaba quizá perdida, con la mirada turbia, aunque no era raro verla vagando yendo a quien sabe dónde. Se decía en el barrio que era repelente porque siempre andaba sola aunque Doña María era amable con ella, todos los domingos desayunaba en la barra para conversar sobre el noticiero de la noche anterior. Dijo que era un poco escandalosa eso sí, condenaba el día que decidió comprarse un equipo de sonido estéreo, pero menos mal, dice Doña María, ponía de vez en cuando unos boleros y unos tangos; era una dicha cuando

decidía ambientar la cuadra con pura salsa brava y los montunos que la ponían a bailar tras el mostrador.

Y fue a quien sabe dónde, caminó, pensó en como todos los momentos que vivimos terminan siendo resumidos en un ente de carne y hueso; pensó también en cómo la vida se iba consumiendo como un cigarrillo: a caladas, de a pocos y dejando un humor extraño, con sabor amargo. Recordó todas las tardes que pasó leyendo cualquier cosa en el balcón del viejo apartamento y sonrió mientras cambiaba de andén como se pasa de una octava a otra en el piano; pensó en el suyo, en sus ocho octavas con ochenta y ocho teclas, doce notas y dos colores, en la cantidad de piezas que había llegado a tocar en él, en cómo la había obsesionado y lo mucho que lo iba a extrañar.

Añoró el sentirse bien, el estar en paz con las múltiples voces que discutían en su cabeza y sus ideas, dejar de sentirse mal con la risa de una y el llanto de otra, que al final del día eran ella. Suspiró lento, al modo en que se exhala el humo de un cigarrillo; de pronto todo convergió debajo del vestido cerca de las costillas y rememoró todos los momentos que la hacían de carne y hueso, hasta que sintió como la cabeza le daba vueltas y el pecho le iba a estallar. Las luces se le fueron un poco;

lo más sensato sería regresar, no demoraba en llegar, o tal vez sí, era increíblemente impuntual y ella debía estar para esperarle.

Su vecina del 402 dijo escuchar las llaves entrar en la cerradura del 403 a las 5:42 de la tarde, calculó con exactitud, pues justo había observado el reloj tratando de saber cuánto tiempo faltaba para que comenzara su programa televisivo. Dijo que escuchó como las tuberías tronaban cuando subía agua; era un apartamento viejo y a eso suenan los apartamentos viejos: a truenos. Cuenta que escuchó cantar durísimo a La Voz sin Mancha y enfurecerse porque el programa ya había empezado y no se podía escuchar nada, "bien desconsiderada era la niña esa" dijo. Asegura que cuando la novela se acabó, un poco antes de las 7 p.m., los truenos seguían invadiendo al piso y el desperdicio de agua era terrible, "fijo estaba usando la bañera", no se quería ni imaginar el precio de la factura del mes siguiente; aunque menos mal ella "sí ahorraba y reciclaba porque no se podía dar el lujo de despilfarrar".

Y la música siguió aturdiendo el barrio, Con una daga en el pecho, con mi sueño hecho pedazo pregonó Rolando Laserie mientras las gotitas terminaban de bajar por su brazo y caían al suelo, manchándolo de carmín, ensuciándolo, en compás par, 4/4, muy común, tal vez en fusas.

EL DIA QUE EL GUARAPO DESTRUYO UNA SOCIEDAD

Pedro Paramo

Carta abierta a las autoridades de salud
con motivo del G-2020

Señores OMS
Y a toda autoridad en materia de salud y epidemiología del mundo

La siguiente narración hace parte de los informes concernientes a las muestras del G-2020, mal del guarapo o cualquiera de los nombres que, atinados o no, le han querido dar. Estamos en tiempos difíciles y quienes hemos sobrevivido sabemos que los entrañables días del pasado nunca van a regresar. Hasta ahora los estudios realizados por la comunidad científica no han mostrado avances para saber cómo y en dónde surgió esta epidemia. Y pienso que el saber con detalle cómo surgió todo esto es esencial para acabar con esta emergencia de salud que vive el mundo. Me permito, entonces, adjuntar mi testimonio personal

en el que narro cómo fue que yo S… logré encontrar la primera cepa conocida del G-2020, puesto que, como ya lo dije, me parce que hasta ahora se ha actuado como a ciegas en la búsqueda de la cura y el freno de la pandemia que al día de hoy ha diezmado nuestra población en casi un cincuenta por ciento.

> "Mira la botella. Observa cómo cada uno de esos "cunchos" sube y baja. Allí va uno subiendo y luego ¡plop! se hunde. Se reproduce con una rapidez increíble. Cómo es que no nos dimos cuenta de que esto era una plaga. Si nos hubiéramos detenido a observar por un momento todo. Solo un instante pensarlo antes de ponernos a tomarnos ese guarapo como si no hubiera mañana…Pero como siempre la embriaguez nos cegó de la realidad."

Algo más o menos así fue lo que me dijo J… el inventor de esa primera cepa de guarapo. Después de mucho buscarlo por cielo y por tierra lo encontré, así, arrinconado, con miedo de su propia sombra. El terror que sembró su invento en el pueblo primero y después en el mundo es la ocasión de este relato. Algo que no ha cesado del todo, pero de lo cual nos estamos acostumbrando a vivir no sabemos hasta cuándo.

Recuerdo que fue Don Luis, mi vecino de al lado de la casa, amigo de mis papás, desde que el barrio se erigió y el que nos dio a probar por vez primera el guarapo. Estábamos un día sin mucho

que hacer y él organizaba una fiesta para celebrar que se había construido el tercer piso de su casa. En ese entonces yo estaba enamorado de su hija, Yuri, una mujer algo mayor que yo y con dos hijos que habían mejorado su cuerpo en lugar de empeorarlo, como suele suceder. Recuerdo que fue por ella que accedí a salir del encierro de mi cuarto para acompañar a mis papás a la susodicha fiesta. Yuri estaba allí siempre con su mirada de cazadora de hombres. Una mujer muy bella, la verdad sea dicha. Unos ojos claros, una mirada penetrante, unos labios carnosos. Un cuerpo grueso, caderas portentosas y senos redondos y prominentes. Todo lo que siempre sueñan los hombres en instantes de soledad y melancolía. Yo era muy tímido como para acercarme a ella, pero igual al calor y la efervescencia de la fiesta la timidez se me fue evaporando. Y la final de la noche no me quería ir. Entonces ella me tomó de la mano y me llevó al patio de atrás en donde estaban las canecas. Cuando nos empezamos a besar golpeamos una de ellas y el guarapo que todos estaban bebiendo se nos regó encima. Pero igual no nos importaba.

Luego de eso mi papá quedó encantado con el guarapo y le pidió un poco a don Luis en una pequeña jarra para "tener con qué calmar la sed". Don Luis cogió una de sus canecas y llenó a rebosar nuestra jarra. Y allí estaban "los cunchos"

unos pocos que al preguntar mi papá si no eran, de hecho, muy pocos don Luis le dijo que eran suficientes para hacer una caneca. Dijo que él había empezado con un poquito así en una jarra así y ya iba en tres canecas de a 30 litros.

Después contándole a mis compañeros de trabajo lo de la fiesta de ese día les dije algo sobre el guarapo. Y ellos, aficionados a todo lo que maree, estuvieron encantados de que les compartiera un poco. Así que el martes de esa semana llegué al trabajo con un termo en donde llevaba poco menos de un litro. Diego que era quien llevaba el termo quedó encantado. Y poco a poco fueron haciendo fila uno a uno cada uno de mis compañeros para que les compartiera un poco de aquel embriagante líquido.

Diego me contó que en su casa el guarapo había sido todo un éxito. Me decía que gracias a mí ya no tenía que volver a ir a la tienda a comprar cervezas, brandis o aguardientes. Solo es echarse unos vasos en la tarde para caer rendido en la noche, decía. Y así con todos. Todos me contaban lo bien que les había ido con su guarapo. Uno había incluso llevado una cantidad ínfima que yo mismo pensé no iba hacer nada pero, como a todos y cada uno de ellos, le había funcionado.

Pasaron los días y yo no me hacia una idea del alcance que iba a tener aquella compartida. Lo alcancé a vislumbrar un día en que en el pueblo

había un evento patrocinado por el gobierno municipal y en el cual, convidado por Diego, me di cuenta de las proporciones que había alcanzado todo este asunto del guarapo.

Allí bajo unos toldos en la plaza principal estaban repartiendo nada más y nada menos que mi guarapo, mejor dicho, el que me dio don Luis y que yo repartí en la oficina. Diego fue el que me lo contó: me dijo que él, animado por todo esto del guarapo, había organizado una reunión en su casa y que la bebida fermentada había encantado a todo el mundo. De modo que cada uno se fue con una tacita, y con "los cunchos" para sus casas. Uno de sus amigos, me contaba Diego, era del gobierno municipal y se había encargado de gestionar las diez canecas que había bajo los toldos.

Me explico un poco, porque hasta el momento he dicho nada sobre la forma en que se preparara esta bebida. Y la verdad solo es tener uno de "los cunchos" rendirlo con agua y panela para darle sabor, y así se deja por uno días, este se fermenta y reproduce más y más cunchos con una rapidez exorbitante. Así que para una semana ya se pueden tener una o dos canecas.

Estábamos ya casi a dos meses de lo de la fiesta de Don Luis y por eso se tenía tal abasto de la bebida. No hace falta decir que algún vivo cogió de más de la caneca y se lo llevó todo a su casa. Nadie se preguntó ni cómo ni cuándo, solo les interesaba embriagarse con algo de "guarapito".

Estábamos, entonces, a dos meses, de la fiesta de don Luis y yo no había progresado nada con Yuri desde aquella vez. La verdad es que solo me atraía sexualmente porque yo no estaba preparado para hacerme cargo de dos niños de padres inciertos. Así que no me habían esforzado mucho en seguir aquello.

Fue con ocasión de un funeral que nos volveríamos a encontrar. Y es que fue precisamente don Luis de los primeros, en todo el pueblo, en caer. Esa noche que llamaron a mi papá para avisarle él me contó que había legado allí y que el olor a guarapo estaba por toda la casa. Un olor fétido, como a podrido, que incluso se asomaba a la nuestra. También me contó que don Luis presentaba síntomas de una insuficiencia digestiva. El dictamen de los médicos fue intoxicación. Aún era muy pronto para tener algún conocimiento de esta enfermedad.

Don Luis fue uno de los primeros, pero antes de que pasara una semana se habían contado ya más de 100 decesos asociados a insuficiencias digestivas en todo el pueblo. Los organismos médicos no lograban explicarse el porqué de la mortandad y se demoraron en actuar. El guarapo había sido pasado de casa en casa casi por todo el municipio pero ellos aún no se daban cuenta del nexo causal que había entre este y las personas muertas.

Fueron las autopsias de los cuerpos las que encendieron las alarmas. Y es que cuando se observaba más detenidamente a los cadáveres estos mostraban que la cepa, es decir los llamados cunchos, estaban reproduciéndose en el estómago de las personas muertas. Lo que hasta ahora había sido una casualidad se convirtió en una epidemia. Porque claro, no todo el mundo que había muerto había ingerido la bebida. Pero el solo contacto con las personas también les transmitía los dichosos cunchos.

Al poco tiempo de esto ya todo el municipio y los aledaños estaban en alerta roja y en emergencia sanitaria por la proliferación del llamado mal del guarapo, más tarde llamado G-2020. Lo siguientes es bastante sabido, al menos por los que sobrevivimos aquella epidemia, se cerró el comercio, se declaró la emergencia en el país… en el mundo, muchas empresas quebraron, había que hacer fila para entra a las tiendas de abarrotes, no tener contacto directo con nadie y demás medidas sanitarias, usar máscara y, en ocasiones,traje antifluidos; poco a poco toda la vida cambió en un parpadeo.

Pero es que nadie sabe cómo va a terminar aquello. Nadie sabe ni en dónde ni cuando empezó todo y aún hoy no se conoce el origen de la cepa que está matando en este momento a toda la población mundial.

EPIDERMIS

Polufanía

Yo sabía, yo sabía, Henry, esta mierda no iba a terminar bien. Se pone con sentimentalismos, lo que le falta es ser un macho de verdad. ¿Sabe qué creo? Que todo esto es mi culpa por ponerme de alcahueta con usted.

Vea, yo nunca estuve de acuerdo con que lo sacaran del colegio, pero familia es familia y no hay nada que hacer. La calle enseña más que las universidades, ¿o es que un profesor le va a enseñar a hacerse respetar? Basta, Henry. Póngame atención. Escúcheme.

Usted se puede encerrar todo lo que quiera, pero ya viene Jimmy y a ese sí no le importa de quién es hijo. Cuando usted era pelado yo le regalaba libros a escondidas, siempre fui su cómplice, pero esto se pasa. Me van a colgar si se enteran

que lo llevé al médico. Pero espere cuando vaya a volver a ese médico chimbo lo voy a reventar a golpes hasta que me duelan los puños; ese fue el que llenó la cabeza con ideas raras, ¿cuál fue el diagnóstico que le dio? Hábleme, Henry. Al menos diga que recuerda todo lo que hice por usted. Me dijeron que era el mejor médico, se lo juro, pero parece que le rayó más la cabeza.

¿Se acuerda que fui yo el que le dio su primera pistola? Fue un gran cumpleaños. Ahí ya sabíamos que algo andaba mal con usted, pero todos pensamos que entre más estuviera con nosotros y menos con su mamá, más normal sería. ¿Henry?, ábrame y miramos cómo arreglamos esto. No solo le regalé libros y pistolas, lo escuché, Henry, lo escuché. Sabía que le iba a ir mal hablando de sentimientos con el resto, fue mi forma de protegerlo y quiero protegerlo ahora; yo sé que usted valora más eso que lo que le hice a la familia de su ex para que supiera que a usted nadie le puede terminar. Le compro hasta el Cadillac rosado que quiere si sale ya.

Jimmy, quihubo. Se encerró y no abre la puerta. No alcanzo a oír lo que está haciendo, pero supongo que arrancándose la piel. Cálmese, necesito que se calme porque esto es más grave que lo de antes. Es que no sé cómo explicárselo. Yo lo recogí. No, no importa de donde. Yo lo recogí y parecía bien. Salió como un loco para acá y cuan-

do logré alcanzarlo estaba haciendo lo mismo que le hacía a los que torturaba. ¿Se acuerda lo que le hizo Marlon? Sí, sí, la vez que enloqueció y empezó a morderlo y a arrancarle la piel… se lo está haciendo a sí mismo. Es el hijo del patrón, cómo lo iba a golpear.

Henry, si no abre ya, Jimmy va a tumbar la puerta. Malditasea, Henry.

¡Qué no sé, hombre! Es que no dijo nada, no me dice nada. Bueno, solo dijo una cosa que no entendí: «hay que cerrar los poros, por ahí caben las dudas». ¿Será que lo terminamos de joder?, nosotros porque tenemos las bolas bien puestas, pero ese marica vomitaba cada vez que le disparábamos a alguno, terminaba con la mano temblorosa como por una semana y ahí volvía a la locura.

Hágale, yo intenté por las buenas y no se pudo. Después mando a arreglar y limpiar para que Tomy no se entere.

¿Henry? Voltee la cara, déjenos ver qué se hizo.

¿Qué tiene en la mano?

¡¿Está usando la navaja que le regaló su papá?!

Voltee ya o lo volteo yo…

…

…

…

Yo sabía, yo sabía, Henry, esta mierda no iba a terminar bien.

Si miramos lo suficientemente cerca todo es triste

Polufanía

Nunca he salido del país. De hecho, el año que compré el pasaporte cancelaron todos los vuelos del mundo. Y así comienza o termina esta historia.

Tampoco salgo mucho de casa, ni ahora ni antes; tengo mis raíces en un solo lugar, como si mi única habilidad fuera permanecer; la inmovilidad es una cualidad rebelde en este mundo que premia los sellos en el pasaporte; quiero aclarar que no pretendo decir algo impresionante, prefiero ser honesta -y lo honesto no suele impresionar-. Vivir en un mismo lugar, una y otra vez, es la forma en la que obedezco a una necesidad, la manera en la que puedo huir del dolor, lo único que tengo y no es mío.

Y cuando ya no se tiene un lugar... ¿esto se siente migrar en tu propia ciudad? Hay un momento histórico en el que nos piden a todos quedarnos y me quedo, hasta que ya no tengo dónde. El afán desmesurado por ser parte de algo propio me produce una angustia que va consumiendo mi propio cuerpo y ya ni siquiera eso puedo habitar.

Los seres humanos, y me atrevo a decir esto como si supiera de lo que hablo, sentimos como una gran desgracia todo lo incomprensible, la incertidumbre nos corroe. Como a mí, que me urge tener alguna certeza. Entre más pasa el tiempo, menos raíces tengo y me brota un deseo profundo de huir, sin mi propio lugar no sé pertenecer, permanecer; no quiero quedarme en la nada; incluso para fugarse es necesario un dónde. Lo único que tengo es inservible, unas cajas llenas de libros, un cactus que crece de una forma descomunal y un pasaporte con una foto horrible, no hacen una casa.

Tengo hogares, en plural. Pero si miramos lo suficientemente cerca, no son mi casa.

Necesitamos nombres

Polufanía

«Mira: no hay manera de expresarlo. Ignoro en qué nos estamos convirtiendo, pero sé que no forma parte de ningún relato que haya conocido. Si carecemos de historia, origen o profecía, ¿qué es lo que somos?»

Ella busca compulsivamente un nombre para poder hablar de eso. Idilio fue a la última que llegó, es intenso y mítico y erótico ¿pero cómo definir si es mucho o poco el tiempo? No, no es eso. Sigue buscando.

No está acostumbrada a hablar, pero necesita hacerlo. Contarlo es hacerlo real, vivirlo no es suficiente. Para comprobar que no es un delirio hay que volverlo historia que otros oigan y se vuelvan testigos. Las palabras, dice, son perecederas pero son lo más tangible de lo intangible; se requiere al menos de un sentido para hacerlas existir. Por eso necesita un nombre.

No ha encontrado una mejor manera de contarlo que describiendo lo que vive; la narrativa más mediocre, piensa; por eso se echa la culpa

de que los otros no entiendan. Sabe que necesitamos categorías, generalidades y nombres; así es como logramos ponernos de acuerdo en la compresión. Si dice cebolla y tomate, todos saben de qué objetos habla. Si dice picar cebolla y tomate, todos saben de qué acción habla. Si dice uno de mis momentos favoritos es ver cuando pica cebolla y tomate, de repente hay una desconexión que quiebra el lenguaje; no es que hable otro idioma o use otra lengua, es que ya no hay lenguaje. Por eso necesita un nombre.

Aquellos que se esfuerzan por comprender, caen en categorizarlo. No los juzga, pero la conversación pierde rumbo. Ella quiere hablar del otro, pero debe explicar porqué no tiene el nombre que le dan. Ella quiere hacerlo real pero termina negando otras realidades. Por eso necesita un nombre.

Su cuerpo también habla, pero la interpretación que le dan está dentro de lo convencional. Si se sonroja creen es que amor; y tal vez esa sea una forma de amar, pero definitivamente ese no es su nombre. Si aprieta el puño creen que es deseo; y por supuesto que desea, lo hace intensamente y aunque crezca ese tampoco es su nombre. Si se ríe creen que es amistad; y la complicidad es un rasgo evidente que lo sostiene en el tiempo, pero no es ese su nombre. Nada funciona. Por eso necesita un nombre.

No lo puede comparar porque no hay historia, no lo puede describir porque no tiene origen, no lo puede enunciar porque nadie lo predijo. Seguirá buscando, aunque tenga la certeza de que se acabará y ella seguirá sin encontrarle un nombre.

Damas gratis

Daniel Rodriguez

Hacia frio y la penumbra cubría las calles. Una espesa tiniebla tapaba el cielo, apenas se percibía un pequeño resquicio de la luz de la luna, como un foco a punto de fundirse en el techo de una habitación infinita. Las calles estaban desiertas. Caminaba rápido, alerta pero sin temor, avanzaba pisando las baldosas de tres en tres, esquivando los baches y las divisiones. Sentía que se le quemaba el poco rostro que le dejaba al descubierto la capucha. La velocidad de su andar le daba los aires de un boxeador provocativo, que a cada paso esquivaba el golpe implacable de una noche furiosa, desesperada por arrasarlo y dejarlo sobre la lona ensangrentado, hinchado y llorando. Se detuvo en un poste a orinar, había un cartel en el que se leía: “Damas gratis. Más información: 0180006996969”. Cayeron gotas por su pierna izquierda.

Conocía las calles como se conoce a una mujer a la que se le ha hecho al amor muchas veces. Sabía dónde estaba el peligro y donde el placer, sabía dónde podía permanecer y donde debía estar de paso. Andaba por rutas que otros habían recorrido pero que él había dibujado, caminaba por trayectos que otros habían trazado con el respeto que exigía por los propios. Había hecho suya la ciudad tantas veces, tantas veces había cabalgado su furia, acariciado sus penas, que no podía ser normal ese desconcierto, esa paranoia y el vacío perturbador de un ansia palpitante que lo hacían parecer ridículo, caminar chistoso, como si desde cualquier alcantarilla pudiera salir una mano a tomarlo por el zapato, o de alguna ventana le apuntaran con una matera. Pasaba calles y avenidas, subía puentes, saltaba charcos, cruzaba cebras, esperaba semáforos, saludaba locos, avanzaba y avanzaba.

Hace rato que notaba como el mundo se encogía. Las calles se hacían más estrechas, los andenes se achicaban e incluso el cielo se acercaba poco a poco, todo estaba cada vez más cerca a cada cuadra que pasaba. Los edificios se agachaban y las casas de un solo piso ya eran inferiores a él. En ninguna ventana había luz y la penumbra se había intensificado. Estaba poseído por una ansiedad axial que lo impelía a atravesar una ciudad que se encogía (¿o era él quien se hacía enorme?)

solamente para avanzar más y más. Los tugurios y los barrios se divisaban a lo lejos, (no tan lejos) tras los tejados, sudaba aunque tenía frio; tenía la sensación de que una oscura bestia se agazapaba a sus espaldas esperando algún descuido para saltarle al cuello. En algún momento se sorprendió corriendo desesperado, ahora la ciudad era una espiral por la que descendía angustiado, corría, aunque nadie lo seguía, y corrió hasta que se detuvo de repente, justo en frente de una pequeña tienda llamada Oasis, abierta en medio del desierto. Compró un cigarrillo de aserrín, lo recibió a unos ojos amarillos y vidriosos que destacaban como dos perillas en un rostro negro. Tomó aire y trato de despejarse, estaba cerca pero tenía prisa.

Empezó a ver gente. Ya no eran solo indigentes durmiendo en esquinas, había putas y borrachos, jóvenes flotando, abusando de los súper poderes que la noche otorga a incautos y elegidos. En las escaleras del soportal de un edificio bailaban dos muchachas descalzas, en vestidos de tierra caliente, mientras cantaban a grito herido rituales de apareamiento. Nadie parecía notarlo y eso lo tranquilizaba, ahora cualquiera podía camuflarse como transeúnte. Los dealers no daban abasto ante la bandada de urracas, dementes por buscar donde meterse a sodomizarse y bailar tangos, ansiosos por hallar una mesa sobre la cual hacer geometría, por un sofá para acostar a los muertos,

por descubrir genios en botellas. Algunos poetas realizaban libaciones sobre sus meados mientras lloraban por penas de otros siglos. La fauna era conmovedora, casi podía disfrutarlo, pero los personajes sospechosos abundaban, dando rondas fantasmagóricas, asechando la infinitud de presas que otorga la rumba.

Halló una cerveza recién destapada, se aseguró de que no fuera orín y se sentó a beber en la puerta de un puteadero sellado, tratando de serenarse; a cada sorbo, un suspiro, recordó el cigarro, se dio cuenta de que no tenía como prenderlo. Hablar con alguien era demasiado. Pasó por el frente una mujer fosforescente llevando con collar a un gato rosa, lo animaba la gente que a pesar de sus obligaciones le cumplía a sus mascotas. Dos negras mastodónticas le coqueteaban mandándole besos y tocándose la tanga, gritaban algo que otros gritos cubrían. Vio un fosforo sobre el suelo, lo tomó y lo encendió, pero se apagó justo antes de prender el cigarro. Esperó, no mucho, a que alguien botara una colilla al suelo, Prometeo regalando el fuego.

Era la hora en que las putas trabajan gratis. Su afán empezaba a esfumarse pero no su paranoia, sentía que algo estaba haciendo mal y que no tenía la obligación de algo hacer. Fumaba despacio, la agitación estaba pasando, las negras ahora le coqueteaban a otro que sí las deseaba. Se oyeron

vidrios rotos e inmediatamente todos se agazaparon sobre los andenes, dejando a dos travestis furiosos en la mitad de la calle, acabándose a golpes por un hombre que yacía muerto a unos cuantos metros. Se apuñalaban el pecho, el cuello, la cara, se mordían y escupían sangre, mientras algunos se masturbaban, otros lloraban, otros bebían, otros ni siquiera miraban y otros reían y celebraban la vida, dichosos de haber nacido en el lugar adecuado para disfrutar de este precioso momento, donde se podía vivir, brindar, morir. Los guachimanes arrimaron los tres cuerpos a la basura, volvieron a transitar los taxis.

Un viejo con un bastón metálico de cuatro patas orinó justo a su lado salpicándolo, y al correrse, por poco pone la mano sobre un vomito seco de tardes universitarias. Aún quedaba camino, había perdido noción de avanzar.

Un grupo de amigos entonaba a destiempo “La canción de los buenos borrachos”, la tiniebla había desaparecido con el frio y anunciaba la proximidad de una mañana clara. Una pareja discutía, el hombre estaba de rodillas sobre el suelo, arrancándose la ropa a tiras y arañándose la cara, el cuello y los brazos en una rabieta inconcebible. A unos pocos metros, algunos paramédicos intentaban revivir con coca, agua y besos a una mujer que no llevaba nada puesto, a excepción de un tierno gorro de lana. Las putas se declaraban en el ins-

tante de la honestidad más rosa, confesaban sus amores entre eructos con olor a semen, algunas pocas soltaban lagrimitas, pero todas cedían a esa complicidad de una nueva madrugada y la labor cumplida. Era la hora en que el amor pasea por la ciudad, a escondidas, saltando por los tejados, echando agua caliente a los gatos en pleno coito. Era la hora en que respiran las almas rotas, en que un segundo dura dos para que pueda recordarse muchos años después.

Siempre quedarían calles por recorrer. Siempre habría una acera al frente, un semáforo en rojo, un árbol que regala su sombra. Habría siempre una mañana clara por delante, para salir o encerrarse en el cuarto, para disfrutar del aire contaminado o treparse a las paredes y al techo, para bien o para mal, habría una mañana clara, una lluviosa o una gris, las nubes también tienen que cruzar puentes y avenidas, perderse, esfumarse, para hacerle frente a otra mañana. Las calles se despejaban o el despejaba las calles con su andar asombrado, flotaba torpemente en el hechizo de los trasnochos, mientras escuchaba los rumores de las duchas y las licuadoras. Comenzó a soñar con colores que explotaban tras sus ojos, mezclas caleidoscópicas, amorfas, brillantes, que detonaban tras elevarse de un pozo oscuro. Dos carros por poco lo atropellan en la misma avenida, decidió dejar de flotar para caminar, por seguridad.

La ciudad era sobrevolada por un aeroplano con dos altavoces potentísimos, en los que sonaba una variedad primorosa de rock psicodélico que inundo rápidamente todos los rincones, dejando resquicios hasta para los habitantes de las alcantarillas. De un cielo sin nubes llovía ácido, dulce ácido en las lenguas y en los ojos de todos los ciudadanos, ácido recorriendo la columna vertebral, penetrando la espina dorsal, ácido bajando a chorros por la frente, metiéndose por los oídos, ácido sobre las pelucas y las hojas, el rocío del nuevo siglo. Las melodías hacían contonearse a las farolas, uno que otro poste se contagiaba. Los animales callejeros corrían enloquecidos, recibiendo el nuevo día con una sonrisa humana, una mueca desastrosa y las pupilas dilatadas, las gestiones dilatadas, tras los hilos dilatadas, Dilated People en los audífonos de algún rebelde con sombrilla, pájaros silbando Pink Floyd y un amanecer que despuntaba ameno. En los grandes organismos, mientras unas vísceras descansan, otras cumplen sus funciones. Las guitarras asfixiaban a los policías que alucinaban con guillotinas y horcas, de sus ojos se proyectaban desmembramientos en plaza pública llevados a cabo por encapuchados misteriosos, mensajeros vulgares de la justicia divina. Los indigentes oraban, agradeciendo el milagro y la fortuna, conmovidos profundamente por los dones que el universo les regalaba.

El camino se había tornado difícil, como en todas las mañanas. Los pastizales habían crecido hasta tapar a los hombres, las aceras se habían vuelto montañosas, con altibajos considerables y repentinos, el piso era desigual, inclinado aquí, declinado allá, en un vértigo arrasador que daría vomito a las montañas rusas. Un sudor frio bañaba su espalda y su cuello y empapaba su frente y su cabello. Avanzaba o más bien andaba despacio, en un caos multicolor de horarios de oficina y mandados. Recordó la amargura del portero y de no escuchar el timbre, la imposibilidad de la literatura en semejante posición, ando con un aburrimiento que contrastaba con la vivacidad y el jolgorio de una urbe estimulada. Aun bailaban los cuellos al son de sonidos graves y orientales, vibraciones eléctricas que descosían a quien se las pusiera en la boca. A solo una cuadra se detuvo. Palpo sus extremidades y sus bolsillos, compuso su rostro, esquivo unos cuantos vecinos, todos con esa sonrisa insoportable clavada en los semblantes, disimulando la aflicción por no poder poner otra cara. Pensó en volar alto, volar alto y lejos, hasta donde fuera imposible ver esa comparsa, ya lidiaría él con el aburrimiento. Sería agradable volar hasta un lugar donde pudiera bailar sin que nadie lo viera, para después recostarse a ver el día pasar, la noche llegar y escuchar a la luna, hacerle ese favor que hace muchos años no le hacen,

escribir en cuatro líneas el dolor de tantos siglos,
escapar de la lluvia de ácido matutina.

Reminiscencias, Saudades, Espacios Analógicos

Alejandro Silvero

I : Corolario en Re Menor

Silenciosamente he creado lo que siempre he temido: una versión de mí que no puede ser empeorada. ¿Por qué? Porque todo lo que me queda son las frecuencias sub40Hz y el frío sudamericano que no perdona el más mínimo error semántico. La magia que heredé de mis antepasados hoy ya no me sirve, porque las reglas han cambiado. No soy yo quien habla, es el dolor que adormece hasta al más bravo de los coyotes en trance, siempre con la nostalgia de permanecer digitales.

Nada me asusta tanto como la verdad hecha acción, la poesía vuelta fuego, la canción gritada desde lo alto de la colina del sentimiento. A medida que este virus consume a las naciones y deja perplejos a sus criptógrafos empezamos a ver una

nueva forma de existir, una nueva forma de pensar(se) y una nueva forma de sentir el viento que golpea nuestros rostros. A todo este suceso lo llamo: Ambay, como la planta que me brinda refugio cuando no hay locales abiertos.

Puede que lo que digo parezca confuso, y hasta puede llegar a serlo, pero después de haber leído una y otra vez el monomito reflejando las inseguridades y los fetiches de miles de personas en este triste planeta prefiero acercarme a la palabra escrita a través del vómito literario, aquel escrito espontáneo que me saca el sueño durante las noches. En estas palaras sin nexo, o deseo alguno de nexo, suelo encontrar verdades mucho más grandes que en los cuentos minuciosamente elaborados de los escritores que solemos idolatrar.

Las leyes de la física no se aplican a mí porque no existo, y si existiera tampoco me preocuparía demasiado la incertidumbre que acarrea consigo el cosmos. Entre laberintos musicales y esfinges no-binarias exploro los pasadizos olvidados de mi ser, pidiendo limosnas espirituales en cada esquina; me arrebato todo aquello que me corresponde, porque la propiedad privada es lo único que nos separa de aquel acorde perfecto, de aquella melodía efímera y eterna en su naturaleza.

Me desespera la calma, porque sé que es el preludio primogénito de la catástrofe que se avecina. "Click", "swipe", y así pasan los días en este país sin

salida al mar, en este cuerpo sin salida al mar, en este espíritu sin salida al mar. Animal de computadora, guarida adquirida con el dinero del subsidio, televisión por cable alrededor de mi dulce cuello. No nací para vivir.

No es necesario engañarnos con palabrerío elegante y horas editando una foto para subir a instagram, pero aun así lo hacemos, porque somos carne y la carne siempre es débil.

II: Preludio, Una Noche Maldita

Vivir siempre en la prisión cronológica causa una desidia muy fácil de ignorar, de las que te carcomen y te destruyen por dentro con promesas piramidales y toda suerte de "éxito" en una sociedad corrugada. Nuestras pasiones en vidriera, el alcohol derramado sobre la mesa junto a lo que queda de mi consciencia; terminamos antes de empezar.

Te amo por tu capacidad infinita de proporcionarme nuevos desafíos, nuevas preguntas por responder, diferentes formas de interpretar el mundo y disfrutar del cantar de las aves del vecino. Te amo por tu energía bellacosa y por demostrarme que soy muy pequeño y a la vez muy grande. En nuestras diferencias encontré unión, y en nuestras batallas encontré paz.

Es así como este episodio repetido de una serie yankee berreta que llamamos vida nos da y nos

quita, nos devuelve y nos despoja, sin un patrón aparente y sin necesitar razones o explicaciones. El vuelo de la abeja es mi dolor psiquiátrico, el aleteo del Pájaro Campana es mi oasis entre la mugre, como el reflejo de un espejo hecho a medida para mí y para aquellos que aprecian el buen dolor sudamericano.

Alguna vez intenté sacarme la vida sin éxito, claro, porque todavía no era el momento o porque no soy ajeno a los errores de cálculo. Entre las teclas con las que escribo hay versículos de grimorios rotos, restos de comida, vello y un poco de la atmósfera que respiraban sus antiguos dueños. Compartimos un pedazo de tecnología barata, compartimos un rato en el calabozo del androide mudo, del campeón de ajedrez ciego.

Nos tomamos de las manos, recortamos libros como lo habrán hecho los beats en su momento, dibujamos símbolos en el aire y tomamos lo mejor de nuestros mejores momentos literarios, todo para no perder la valentía de permanecer en un anonimato cobarde. ¿No se comprende? No importa, mejor. Con tanto dolor de cabeza y enfermedades respiratorias lo único que podemos hacer es cambiar de canal, hasta que salga algo que nos duerma un poco la ansiedad.

III: Nexo

Habían pasado 4 años desde que la conocí, desde que tuve la oportunidad de oler sus ramas y apreciar sus venas. Habían pasado 4 años desde que empecé a perder la habilidad que me permitía diferenciar el cielo de la tierra, las paredes del suelo, y una invitación amigable de una trampa mortífera. Estaba demasiado cansado como para luchar o defenderme de aquellos que supuestamente hacían todo por mi bien, realmente lo sigo estando.

Mis días pasaron a ser pequeños rompecabezas en los que nunca avanzaba, una actividad automática sin propósito y sin disfrute, una actividad que solamente servía para justificar una traición tan grande. Religiosos tratando de imponerme un estilo de vida cómico que no me hacía gracia, enfermeros (gorilas) que ante la menor objeción recurrían a las inyecciones. Es en el encierro psiquiátrico en donde uno realmente saborea la libertad, o al menos la idea de la libertad porque se está completamente despojado de la misma.

El clamor de mis heridas se duerme bajo el árbol de la vida, haciendo de cada Sefira un crucigrama erótico más, de entre tantos acertijos del cuerpo que nos pone (dios). Creo firmemente en las mañanas nubladas, en los posteos desespera-

dos y en la resolución de todo conflicto cibernético. Muy dramático el paso ¡eh!, se te nota la psicosis en el aliento, en el ritmo de vida.

Esta es una confesión en la que no se cuenta nada. Me llamo Eterna y entre las piernas traigo una ofrenda, mi renuncia. Me ofrezco al mejor postor, al que sepa entregar la vida como se entrega propina, sin asco y sin miedo. Fumo risas desde lo alto de la cima de un ego lastimado, pisoteado, extinguido por la presión. Me dicen Sabia pero no por tener la posta en algún tema en particular, más bien como un apodo cariñoso.

La fama y los laberintos de mi pasado se vuelven más y más dulces con cada noticia de abandono, con cada alerta mental y/o física. Prometo nunca comprometerme, juro nunca defenderme de mis enemigos; hay en mi interior un conjunto finito de posibilidades infinitas, un parlante esperando a alguna persona solitaria. ¡Mostráme la evidencia! Convénceme de aquello que no te deja pegar el ojo.

Yendo por la senda corta me encuentro con un viejo amigo de la infancia psicodélica. "Tanto tiempo.", me dice y toma una carta. Aparece el As de Oros y nos recuerda que dejamos enchufado aquel aparato que soltaba chispas de vez en cuando. Ya nadie tiene tiempo para las mentiras del cine, lo primordial se vuelve elección y es una

hermosa pena que siempre elijamos la peor manera de morir. Espías de mis recorridos astrales, tomen asiento que esto recién comienza.

Endurecidos por las historias que nos daban de comer en el recreo, nunca se preocuparon por saber si nos sentíamos cómodos, libres, si estábamos preparados para lo que se avecinaba. Nunca nos tomaron en cuenta y es por eso por lo que hoy declaro la guerra a la Independencia. ¡Basta!, exploté. No puedo más con la culpa, con las notificaciones constantes del software reprimido, no puedo. Clínicamente expuesto a la realidad más violenta. "No hay de otra mi querido".

Desearía poder volver a reír sin esconder mis dientes, a mentir sin tener que evadir la memoria a la vuelta de la esquina oscura. Sangro. Sangro como cualquier otro, y sin embargo al caer nunca llego a tocar el suelo, nunca llego a vislumbrar las vísceras de las edificaciones incineradas en el nombre de la libertad que nos compete, la de permanecer absurdos. Quieto, tan quieto que empiezo a, finalmente, tocar el suelo.

Me ensucio con la propuesta estéril de esta triste, triste, pero tan triste ciudad. Las ventanas nunca me ayudaron a respirar, las piscinas siempre me ofrecieron mucho más que el paro cardiaco. Sí, me arrepiento y mucho, pero no me arrepiento de haber saboreado el sudor de la muerte, las

lágrimas del loco descalzo y la saliva de la reina de los bosques internos. No sé… Tú, yo, el macrocosmos… Pensalo.

Fui ingenuo al creer que todos mis problemas se solucionarían con el esfuerzo y al creer que mis problemas tenían solución. Seré curioso, pero también soy gato, y nunca va a faltar una daga desafilada en esta casa. Más claro que el agua dice el primer demonio, más duro que vos el primer fin de semana después de la cuarentena dice el ángel caído. Me disculpo por la irreverencia, pero no me disculpo por el terrorismo espiritual que cometemos todos al permitir que nos traten como ovejas.

Miráme a los ojos y decime que nunca quisiste arrancarte los tuyos, miráme a la cara y gritáme todo lo que se pudre en tu corazón. Todas mis fuentes son ridículas, mis tipografías lentas y mis bibliotecas cerradas. El regalo de amor más noble es un tiro en la sien, belleza que no se puede pintar, abstracción que nadie se atrevería a vender. La decadencia es mi bandera y el vómito caliente mi nacionalidad. Impera ir a acampar.

IV: Desenlace (Quebrado)

Pasaron 4 años y pude recuperarme de la tortura voluntaria, 4 años y me permití llorar en un lugar público. Me despido con esta carta que no revela, este canto que se niega a ser escuchado, me despido con esta anécdota de desenlaces latinoamericanos y colonización a domicilio. Agnóstico de propósitos blandos, latino de recuerdos vívidos, hombre de identidad volátil, animal de melodía angular, hijo e hija de brujas nacidas en IRC, todo eso y más en el último episodio de la adulta adolescencia.

Pueden buscarme, encontrarme, narrarme y matarme, mas nunca encerrarme en aquella fría caja que tanto quieren proteger. Soy de bambú y agua, hierro y azúcar, chance y lógica; nunca fue mi intención lastimar a nadie, nunca pedí que mis maquetas se volvieran películas de bajo presupuesto. El triángulo perfecto me reconoce como su único amo, el único que puede amaestrar sus ángulos y renovar sus funciones.

Claramente hay algo que no está bien en mí,
y eso está bien.

Cuencas

Diayana Murcia

Hace dos años me puse por primera vez el parche. Me gusta decirle a la gente una mentirilla piadosa, que tengo un ojo de vidrio. Digo mentira, aunque no es mentira, pues llevo en la cuenca una bola de cristal. No veo el futuro, no hay soldados advertidos ni premonición de amores. Mi oráculo funciona al revés desde que una bruja me robó el ojo derecho, un día que cruzaba el puente al bajarme de Transmilenio.

Siendo sincera no vi a la bruja; iba con la mirada perdida jugando a que pisaba los carros que pasaban por debajo. Solo recuerdo un bulto de abrigo negro y un paraguas. Fue sin forcejeo y sin cuchillo, solo una bruja ratera pescando ojos con su sombrilla. Me di cuenta porque vi doble: mi visión se fragmentaba entre la negrura de mi

mano tapando el rostro y un cabalgar que bajaba escaleras a una distancia sospechosamente alta del suelo. Otra viejita preocupada se arrodilló a preguntarme qué ocurría, pero apenas me vio el rostro se alejó horrorizada, no recuerdo si lo que ví fue una arcada o lágrimas de impresión, solo sé que no sangré.

En la cuenca no había sino vacío. Intenté seguir, pero me confundía no saber si estaba cerca a mi casa o si cada vez me alejaba más. La primera semana la pasé mareada todo el tiempo (y ni hablar del insomnio cuando la bruja desgraciada me dejaba cerca de su lamparita de noche). Por suerte mí ojo no es su preferido pues soy un poco miope, ya que de otro modo me sería imposible concentrarme. Solo veo cómo guarda todos los ojos en frasquitos que deja en una repisa al lado de su cama. La señora escoge el que se le da la gana y sale a la calle con su sombrilla a mutilar jovencitos para salvarse de la ceguera, de la que sé que sufre, pues veo que se queja gracias a que poco a poco he aprendido a leer labios (como los ojos no tienen oídos, no sé nunca qué dice la gente que no me mira, pero que yo veo).

La peor parte es nunca estar ni aquí ni allá. A la casa de la doña van, sobre todo, mujeres a pedir favores, a preguntar por fulanos y a veces solo a charlar. He visto sombras, demonios, fantasmas. Pero no hay cosa más fascinante que atravesar la

ciudad desde los ojos de una figura invisible, de un bulto de abrigo negro con una sombrilla. He parado de hacer mis cosas para cerrar el ojo que aún es mío y solo recorrer los mercados, pasajes, lomas, callejones, ollas y humedales a los que mi bruja me invita (últimamente le estoy tomando cariño). Incluso un par de veces he intentado localizar su casa con lo que recuerdo ver, pero bruja es bruja y yo solo soy una tuerta.

A veces quisiera citarla para que desayunáramos y nos miráramos fijamente a las cuencas, y juntas hacer un solo paisaje. Sucede que por mi casa todo es color gris, pero las paredes, por dentro, son blancas. La seño en cambio me lleva por paisajes color sepia; pisos de tierra, bolsas naranjas de cemento, gramilla quemada, ladrillera y sangre. He tenido que dejar de montar en bicicleta porque en cualquier momento la bruja decide tomar una siesta y quedo, literalmente, medio ciega; de todos modos he encontrado un gusto extraño en medioespectar. No puedo oír, hablar ni moverme. Pero puedo ser llevada a todos lados como si fuera una niña de nuevo. Mi ojo derecho no se preocupa por comida, por alquiler, por trabajo. Incluso me sirve más para escribir mi ojo arrancado que el que llevo en la cara.

El ojo izquierdo ya no me importa y al derecho no lo extraño. Ya no extraño nada. Estoy planeando donar mi otro ojo a alguien que lleve una vida

interesante. La cosa va así: hice un curso de mecanografía, así que puedo escribir sin ver, tengo descargado en todos los aparatos una voz que me lee cuando se lo pido y ya convencí a mi familia de que es la decisión correcta. Me quiero arrancar el tedio y para eso me debo arrancar el ojo. Pensaba que tal vez, para variar, podría llevarlo a un sitio distinto, ojalá menos lleno de hordas de tipos reventándole la cara a los ladrones (que suelen ser menos hábiles que mi bruja), a un lugar con una paleta de colores menos sobria, lejos de bicicletas rojas con parrilla, buses chiquititos y casas amontonadas.

Pensaba que podría vendérselo a algún millonario como extravagancia o hasta hacer un grupo social donde todos nos compartamos los ojos semanalmente; pero la gente aún es miedosa y yo no entiendo el tabú. Mi última novia me terminó porque me descubrió midiéndole la cuenca con las falanges de mi índice. Me parece que todos se toman muy literal ese dicho de que si uno cría cuervos yo no sé qué cosa le va a pasar, hasta mi bruja se lleva mejor con los chulos que con cualquier perro de la calle, porque huelen en ella muchas carnes que no combinan y eso al parecer les molesta.

El punto es que mi decisión ya está tomada y que escribo esto viendo las letras por última vez. Quería dejar constancia porque a veces también

siento que la bruja me roba cosas de la cabeza, a veces estoy tranquila escuchando música o recordando alguna cosa y de repente alguien me desenchufa el cerebro. Creo que ella sí percibe lo que pasa dentro de mí, pero todavía no sé cómo funciona; así que, como es divertido confundirla, en ocasiones me pongo a rezar en la mitad de sus sesiones. Siempre cierra los ojos y no sé cómo termina, pero me entretiene en medio del aburrimiento crónico del que sufre mi cuerpo, ahora incompleto.

Leí en un artículo que el procedimiento es simple si estoy concentrada, nada más usas una cuchara caliente y sacas el ojo como si fuera una bola de helado. Los simulacros que he hecho son un poco complicados, pues soy zurda, por lo tanto me toca empezar desde el lagrimal interno; ese que queda cerca a la nariz. Mi miedo es sangrar y no saberlo, o que duela, porque no domino la magia de la doña (de todos modos ya lo tengo todo preparado). Desinfecté todo, compré guantes y gaza. Hasta hice una lista de las cosas que quiero hacer con mi ojo antes de hacer el cambalache: quiero usarlo como las pelotitas de peso que se ganan en las máquinas y tienen sabor a caucho (salvo que el ojo no lo puedo mordisquear); quiero guardarlo en un frasco al lado de la cama en

agua fría y ver si flota o no, pues con el derecho aún no logro definirlo. Quiero volver a ponérmelo y cambiarlo de cuenca y descubrir si se ve distinto; quiero, también, mirarme al espejo sin ojos aunque sé que es imposible. Tal vez pueda sostenerlo en la mano y apuntarlo al espejo mientras me miro las cuencas en el vacío.

Estoy ya cansada de ver esta pantalla, ser tuerta se vuelve agotador. Me voy a dormir y ver oscuridad de verdad, percibiéndola por última vez. Escribiré mañana con la voz para que vean que sí pude y que soy la primera mujer en tener dos oráculos, uno en cada cuenca.

Teresita

Diayana Murcia

De las fábulas y leyendas que escuché, ya no sé dónde, probablemente de los que contaba la abuela de Laura (la única que aún tenía abuelos de nuestro grupo de amiguitos), recuerdo especialmente la historia de Teresita, quien, dicen las malas lenguas, aún vive en el barrio, pero no sale de la casa porque no la dejan. Recuerdo que doña Norma la usaba de ejemplo para que no anduviéramos de golosos robando las mogollas y pancitos que no eran nuestros, nos decía que por indecentes íbamos a terminar como Teresita (que según mis cuentas ya debe estar cuarentona).

Resulta que la muchacha, siempre bien inquieta y berrinchuda, no hacía sino quejarse de que le apretaban las colitas del peinado de la primera comunión. La mamá Constanza ni bolas le paraba por andarpendiente de los camarones con salsa de tomate que había en cada centro de mesa, a los

que no podía ni mirar sin que le saliera un sarpullido horrendo, y del vino barato reenvasado en botellitas de decoración para convencer a todos de que sus padres tenían un viñedo en una ciudad elegante con un nombre extranjero, cuando todos sabían que sus padres cuidaban la finca de Feliciana, la vecina.

Teresita chillaba, se apretaba el vestido, intentaba quitar con agua el gel pegachento que le tenía el pelo templado. Intentó primero soltar un mechoncito que le terminó incomodando más hasta llorar de la migraña que le producía su elegancia de niña bienportada. Doña Norma cuenta que Mamá Constanza hablaba orgullosísima del pelo lacio y fino de Teresita porque se dejaba domar en complicadísimos peinados llenos de cintas, pompones, moñitos y hebillas. Siempre se me hizo gracioso porque en las fotos que muestra la Iglesia, de las épocas anteriores al incidente, se ve que Teresita tenía el pelo grueso y más bien ondulado,frondosísimo,bellísimo,pero demasiado indio para Mamá Constanza.

Fue así, en medio del dolor de sienes, que Teresita clavó las uñas en la línea pulcra, recta y perfecta que le dividía en dos colitas la cabeza y comenzó a rascar. Las uñas recién arregladitas con el manicure français (pronunciado así, guturalmente) atravesaron el cráneo, y ante el placer que le producía, la niña siguió rascando.

Llegó a una masa gelatinosa y más bien firme de la que disfrutó remover, apretar y pellizcar como si fuera masa para galletas. Ya con ambas manos dentro del cráneo, sacaba manotadas de materia blanda que en pleno frenesí, lanzaba a las paredes, al techo, a los invitados, y con ímpetu, se la llevaba a la boca. Nadie la veía. Hasta que Mamá Constanza aterrada, vio las manchas en el vestido rentado de Teresita (que para su pesar había intentado convencer a todos de que lo había cosido a mano con la seda más selecta que encontró). Cuando Mamá Constanza dejó de regañar a la niña sin mirarle la cara, ya era muy tarde. Todos los invitados observaban horrorizados la escena, ¡pobre Mamá Constanza, será por siempre Mamá Mamita!, ¡Ya no se iría con sus amigas de compras a la hermosísima París, ni presumiría la carísima universidad a la que asistiría Teresita!

Luego de un rato, ninguno de los invitados se preocupaba ya por la niña, que con la mirada perdida, se veía al menos llenita, porque igual del banquete nada podía comer. Doña Carmenza se empolvaba compulsivamente el rostro con una esponjita vieja y manchada, don Hernán no hacía sino examinar los cubiertos para ver si eran de plata antes de guardárselos en el bolsillo, su hermana Jimena, la más sensata de la familia, solo

tenía el centro de mesa en el campo de visión: no se podía desperdiciar semejante ramillete de flores artificiales.

Ninguno preguntó por el hermano médico de Mamá Constanza, ni lo llamó para que examinara y montara a la niña en la nuevísima camioneta rumbo al hospital donde hubieran podido llenarle la cabeza de más masa de galletas y cerrarla con elegantes puntadas en un hilo neutro que combinara con los moñitos.

Tampoco hubo quien intentara, en vano, abrirse la cabezota con el fin de recibir las atenciones y cuchicheos que la niña Teresita podría recibir en otra casa que no fuera la de Mamá Constanza, porque consentirla le salía caro y no valía la pena. Aun el más ignorante sabe que la piel debe estar lo suficientemente templada para abrirse como una vaina de arvejas,aunque nadie en ese salón quería admitir que habían visto un vegetal crudo porque, según ellos, la comida aparecía ya lista y servida en su mesita de noche o en los inmensos comedores de sus inmensas mansiones. Las tres vecinas de la calle de al frente se limitaban a echar miradas de pesar, siempre por encima del hombro, a la muchachita que estaba gateando por la alfombra ya sin su gesto de pícara y con la cara empalagosa. Doña Norma también estuvo allí, encendiendo un cigarro tras otro para demostrar los lujos que se puede dar una mujer bella y sana.

Todos ignoraban los zapatos rotos de donde salían deditos callosos por haber crecido descalzos, no mencionaban los botones remendados y las camisas blancas, ya amarillas en las axilas, que usaban en todas las reuniones. Aun sin preocuparse por la niña, que en ese momento se dedicaba a comer los caramelitos viejos que encontraban en los bolsillos de los trajes de sastre y abrigos de piel, los invitados contaban las monedas que les quedaban, a ver si la mocosa no se los había comido ya.

Los otros chiquillos solo comían de la masa esperando a que no los pillaran, pues sus padres no tenían dinero para reponer la comida que vomitaran si enfermaban.

Y así, esperando todos a que fuera lo suficientemente tarde para que no pareciera que estaban cansados de trabajar toda la semana y debían madrugar al día siguiente, porque los domingos nunca han sido el día del Señor en este barrio, los invitados se iban caminando uno a uno y espaciados para no decir donde vivían, con la suela lisa sobre el piso sin asfaltar. Apurados llegaban a casa a quitarse las corbatas apretadas y los zapatos demasiado grandes, ansiosos por ver para cuántas porciones alcanzaba la masa que amablemente les proveyó Teresita.

UN SOFA PARA LA GUERRA

Juan P. Montoya

Septiembre 24, 2025. 10:27 PM

Acá acompañado de las partes de quienes fueron mis camaradas, de aquellos que confiaron en mí, me encuentro rodeado, no sólo de la sangre de ellos si no de tropas colombianas y americanas que gritan en coro que no hay escapatoria, que me espera la muerte en cualquier opción que tome; la salvación no está, no existe, es sólo un mito creado y esparcido en el mundo actual por la literatura y la religión. El mundo real es más salvaje de lo que siempre creímos. Y, a pesar del caos que me rodea, sólo pienso en una cosa: ese viejo sofá verde maltratado y arañado. Desearía estar sentado en ese sofá tomando los rayos de sol que se colaban por la ventana y me entregaban un poco de calor; allí donde malgastaba la mayoría del tiempo y buscándole figuras a la pared sin pañetar. Pero no, ya es tarde para volver a ese viejo sofá

Septiembre 25, 2025 12:56 AM

Lo han logrado. Voy en un camión blindado a no sé dónde, al parecer sobrevivimos 7, el dichoso número de la suerte. Escucho los radios de los militares y hablan del caos que hay por la ciudad: Altos de Yerbabuena, hay casas en llamas y varios ricos desaparecidos. Rosales ha sido saqueado y aún hay pequeñas tropas insurgentes combatiendo entre las calles. Chapinero estalla en rockets y granadas de ambos bandos y el centro es una zona desértica. Acaban de encontrar el cuerpo del presidente y de su círculo más cercano de asesores políticos. De las tropas del Ejército Libertador Anarquista 21 no queda nadie en esa zona, perdimos nuestro punto estratégico y a nuestros mejores hombres. Veo los rostros de quienes vamos en este camión: Andrés, Miguel, Carlos, Edgar, Santiago y Nicolás; somos los que iniciamos esta lucha y quienes empezamos el movimiento ya hace tantas lunas, quienes hemos visto a amigos caer y los que cargan con este sueño esperanzador de libertad. Somos los 7 al mando que nos repartimos por el centro de la ciudad para tomar el control, estamos golpeados, algunos heridos de gravedad, veo la pierna de Andrés con esquirlas de metralla, a miguel, que tiene el brazo roto, su hueso pareciera que quiere salir de la piel; Edgar esta irreconocible, su rostro se encuentra hincha-

do y lleno de hematomas de la golpiza que recibió al negarse a subir al camión; Santiago se halla sin un ojo, su rostro esta bañado en un rojo escarlata, son Carlos y Nicolás los menos graves, tienes varios cortes en el rostro por los pedazos de vidrio que saltaban en las explosiones y unos pocos moretones producto del contacto con las culatas de los soldados. Y aun asi me da torgullo ver a estos hombres, que no agachan la cabeza, no dan su brazo a torcer y no dan los lamentos que el ejército desearía escuchar, aun comprendiendo que vamos directo a nuestra muerte.

Septiembre 25, 2025 1:35 AM

Estamos a las afueras de Bogotá en una vieja construcción, está abandonada y llena de milicos gringos y colombianos. Vende patrias, arrastrados, lame suelas, ¡me dan asco! Miguel mira la ciudad desde la pequeña ventana, en silencio, solo ve lo que alguna vez fue Bogotá. Carlos está vendando el ojo de Santiago, un milico que no remató se le abalanzó con un cuchillo de combate y le arrancó el ojo derecho, pero en todo el trayecto no se ha quejado. Andrés se ha quedado dormido y Nicolás está rezando, mientras tanto Edgar y yo hablamos de que pasó en cada una de nuestras operaciones mientras Miguel dice para sí mismo: "el Bogotazo tuvo que haberse visto así"; todos nos quedamos mirando a la espera de que agregara

algo más, pero él se inmuta a seguir mirando por la ventana. Edgar rompió el silencio contándome como replegó a sus hombres por las alcantarillas para que escaparan y se reunirán con el resto de las tropas por la ciudad, él se quedó distrayendo a los militares hasta que fue capturado a las afueras del Cementerio Central. Todos mis hombres están muertos. Han llegado dos milicos, nos dicen que salgamos en fila india que nos van a dar una charla.

Septiembre 25, 2025 3:45 AM

La charla acabó en tortura. Nos dijeron que teníamos que enviar un mensaje replegando nuestras tropas. Por supuesto nos negamos. A aquel militar no le gustó, nos encapucharon y llevaron a diferentes cuartos y ahí empezó todo: desde mi cuarto solo escucho los gritos de los militares exigiendo entregar el mensaje y pequeños quejidos enmudecidos como cuando tratas de callarte mordiéndote el labio. La experiencia es única: me han quemado sus cigarrillos en el cuello, tengo el abdomen color azul producto de las patadas con esas botas de punta de acero, tengo la cara pegachenta por los escupitajos que me dieron y los dedos de las manos negras por los cables de electrocución, la mente humana puede ser creativa cuando lo desea. Nos han metido de nuevo a la celda donde estábamos. Los observo a cada uno,

noto que el brazo de miguel esta morado tirando a negro y el hueso ya no sobresale, pero está el triple de su tamaño, me dice que se lo "arreglaron" de una patada; donde se encontraba el ojo de Santiago esta descubierto, lo han llenado de cenizas de cigarro y mierda de perro, necesita tiempo para respirar le han estado practicando submarino durante 40 min, Edgar tiene la cabeza rota y el brazo apuñalado y a los demás muchachos les han hecho el mismo corte en el pecho: "GUERRILLERO HIJO DE PUTA". Pero a pesar de esas malditas dos horas veo sonrisas, sonrisas con sangre, sonrisas con dientes faltantes, sonrisas con la cabeza en alto. Nos dejamos de hablar por un momento, cada uno está en su mundo, no sé qué pensaran. Por mi parte yo reflexiono, ha sido una lucha larga, 6 años que se han sentido como 20; hemos dado todo en el combate, no hemos desfallecido y aunque tuvimos derrotas aprendimos de ellas y volvimos con más fuerza. Pero ahora eso no es lo que me inquieta. Pienso en aquellos que dejé atrás: mis amigos, renuncié a mi familia el día que crucé la puerta con mis cosas al hombro, ellos se fueron del país y se olvidaron de mí. Yo también me olvidé de ellos. Pero ahora vuelve a la cabeza todas esas cervezas de camaradería en las gradas de la universidad, el humo del cigarrillo al que le intentaba encontrar formas cuando me encontraba distraído en mis pensamientos y

esos dulces besos que tuve en mi corta vida, que me entregaban paz y me hacían pensar un futuro diferente. Anhelo aquellas caricias suaves que recibí por la sien bajo la sombra de un árbol en el parque de la Independencia, las largas caminatas por la Séptima mientras charlaba con quién me acompañaba, los silencios entregados a quien sabía apreciarlos. Vuelve a mi imagen el sillón, el sillón donde plácidamente dormía, donde leía y comía, dónde yo volaba y soñaba, ese sillón... Anhelo aquel sillón una última vez con un cigarro, dónde cada bocanada de humo me recordaba que ya nada importaba.

Bitácora Cabo Rodríguez.
Septiembre 25, 2025 8:07 AM

Yo los ví. Los ví morir, los ví caer acribillados a aquellos siete. Yo disparé. El sargento Molina nos llamó a las 4:20 am y nos dio la orden, nos dijo que aquellos 7 morirían esta noche fusilados. Quedo en blanco, pensé que serían un trofeo de guerra para ellos, me tiembla el cuerpo, el sargento me observaba, esperaba una respuesta, titubeé, pero eran ordenes, asi que solo conteste "¡Si, señor!". Volví a la celda, a mi puesto donde los vigilaba, los observé un rato y, para estar derrotados a punto de morir, no parecían ratas en una jaula, daban un aire de guerreros, la atmósfera la volvían intimidante. El líder se acercó a

los barrotes y me llamo. Pablo "el flaco" era más joven de lo que pensaba, pero le había dado dolores de cabeza a este gobierno durante 6 años, no era cualquier hombre. Se me acercó y me pidió una caja de cigarrillos, tenían frío y solo querían fumar algo, titubeé, pero algo en su mirada me ofreció una seguridad que me decía "házlo", le entregué mi paquete de Piel Roja, cuando vió la marca esbozo una pequeña sonrisa, repartió los cigarros a sus compañeros y fumaron, riéndose y charlando. 5:00 am. El sargento ordena sacarlos de sus celdas. "el flaco" se queda con sus amigos fumando entonces es cuando les ordeno salir, el simplemente levanta el cigarro y dice "cuando nos acabemos esta ronda". Simplemente accedo. Mientras todos fuman, "el flaco" se me acerca, me mira fijamente por un largo rato, el cigarro en su boca se quema lentamente, se va sin decir más. Los sacamos de la celda y los acompaño en su recorrido final, justamente estoy al final de la línea junto al "flaco" caminando hacia el patio. marchando cual niños en jardín pasan al patio contra la pared, el sargento Molina les dice que tienen una última oportunidad para hacer lo correcto, el que tiene el ojo vendado se ríe y le dice que esos hombres allá en la capital no se irán ni por orden de ellos, están al calor de la libertad y no la abandonarán. El Sargento da la orden, cargamos fusiles, apuntamos y en eso "el flaco" me mira, su

mirada me da escalofríos, me tiembla el cuerpo y entonces grita, grita su consigna, su voz desgarra la madrugada y sus compañeros se le unen. Fuego. Recogemos los cuerpos y los tiramos en un camión, pero las palabras se quedan ahí “para vivir caminando, jamás arrodillados, ¡a la carga!” Pero no son esas las que más retumban, es aquello que me dijo al sacarlo de la celda y acompañarlo a su muerte con ese cigarrillo en la boca: “al final, un hombre será recordado por su anhelo de libertad, la libertad está en los placeres mínimos y eso jamás se lo podrás arrebatar a los hombres”.

Delirium

Julie Pinzón

Llego a casa después de un día agotador en el trabajo y en lo único que puedo pensar es en que quiero matar a alguien, comenzando con mi jefe. Bueno, mi antiguo jefe. Mi trabajo era lo único que me quedaba además de mi familia; eran el único apoyo y la única razón para despertar por las mañanas, pero ahora todo lo que me queda son ellas. Tengo un mal presentimiento sobre esto. Su voz me ha estado atormentando más de lo normal hoy. Creo que solo necesito ir a casa y tomar las píldoras, porque Sandra dijo que me dejaría si intentaba tocarla nuevamente. Si intentaba tocarla. Pero no voy a dejar que eso suceda, puedo manejar esto. Solo necesito tomar las pastillas.

Este día ha sido terrible desde el momento en que me desperté tarde y corrí al trabajo, donde

terminé siendo despedido. Trabajar frente a una computadora en mi último día durante casi quince horas ni siquiera es humano. Tengo una familia con la que pasar tiempo, pero ya es demasiado tarde; seguramente ya están durmiendo.

Camino silenciosamente dentro del apartamento y cierro la puerta detrás de mí. Dejo mi chaqueta en una de las sillas del comedor y mi maletín en la mesa. Camino a la cocina para tomar la medicina que olvidé tomar esta mañana, pero después de mirar en cada gabinete por un par de minutos no encuentro las píldoras por ningún lado. Apuesto a que me las ocultó de nuevo. Imbécil.

Todo parece extraño y fuera de lugar. Algunos de los armarios están abiertos, los platos del desayuno todavía están sobre la mesa y están vacíos. ¿Por qué sigue el cereal y la leche en la encimera? Mi esposa incluso olvidó dejarme la cena, algo que nunca había hecho antes.

En realidad pensé que ella había mencionado que hoy prepararía sopa de pollo para la cena. Me encanta la sopa de pollo, pero él la odia. Tal vez la tiró cuando no estaba mirando, o tal vez mi esposa se enojó conmigo y fue a la casa de su madre con Sofía.

Intento organizar todo lo mejor que puedo, pero mis manos están demasiado temblorosas.

Dejo caer los vasos de plástico varias veces hasta que me canso y los dejo sobre la mesa. Necesito tomar esas malditas pastillas ahora.

Me desabrocho la corbata mientras camino hacia la habitación de mi pequeña Sofía, pero ella no está allí. En mi cuarto, otra cama vacía. ¿Dónde están?

—¿Sofía? ¿Sandra? —susurro, pero no hay respuesta.

Reviso mi baño y luego el de Sofía, pero no hay nadie. Es casi medianoche y no me han llamado. Hay algo mal aquí, puedo sentirlo.

—Sofía, bebé, ¿dónde estás? —hablo más fuerte mientras busco mi teléfono en mi bolsillo. Una vez más, no está allí. ¿Qué diablos está pasando aquí?

De repente, empiezo a escuchar una voz femenina llorando y gritando, suena muy familiar. El sonido es demasiado fuerte para venir de otro departamento.

Corro hacia el pasillo y los gritos se hacen más fuertes. Parecen provenir de la habitación de mi hija, así que me apresuro a llegar allí. Escucho la misma voz, pero ahora dice algo que es difícil de reconocer. Me cuesta entender, pero después de escuchar la voz femenina repitiendo lo mismo una y otra vez, finalmente lo entiendo.

—¿Por qué Martin? ¿Por qué lo hiciste? —dice la voz de Sandra, sollozando.

No entiendo lo que está pasando. Me detengo en el medio del pasillo, confundido; pero cuando estoy a punto de llegar veo a mi esposa huir de mí y sus manos están cubiertas de sangre. La imagen no es muy nítida. Esta no es en realidad ella. Parece un fantasma o un flashback borroso. Ella trata de entrar a nuestra habitación, pero un pitido penetrante me impide seguirla. Agarro mi cabeza, tratando de detenerlo, pero solo empeora cada vez más.

Cierro los ojos tan fuerte como puedo y siento que alguien golpea la parte posterior de mi cabeza. Me doy la vuelta, pero no hay nadie detrás de mí en el pasillo. El dolor se hace insoportable y en lugar de abrir la puerta de mi habitación, doy vuelta y abro la habitación de mi hija. De nuevo, no hay nada fuera de lugar aquí. Reviso toda la habitación y me detengo a mirar el espejo, pero no puedo verme. Todo lo que veo es a él con una sonrisa engreída en su rostro.

—No otra vez, por favor —trato de cubrirme la cara con las manos y las veo cubiertas de sangre. Miro el espejo otra vez y su sonrisa crece— ¡Si les hiciste algo, te juro que te voy a matar! —Grito desesperado sosteniendo mi cabeza.

—No hice nada —él dice en tono burlón— De todos modos, si me vas a matar, ¡hazlo! Después de todo, te condenarás a ti mismo, idiota—. se muerde el labio tratando de no reír. Bastardo.

El pitido comienza de nuevo, seguido de un golpe en mi cabeza. Intento protegerme, pero los golpes son cada vez más fuertes. Extiendo mis manos al aire tratando de alcanzar un cuerpo, pero claramente no hay nadie más en la habitación.

—¡Vete! ¡Déjame solo! —Grito lo más fuerte que puedo y afortunadamente se detiene.

Miro mis manos que todavía están cubiertas de sangre. En el suelo yace el cuerpo de mi hija y mi esposa sosteniendo su cabello cubierto de sangre.

—¿Por qué Martin? ¿Por qué lo hiciste? —Mi esposa llora sosteniendo el cuerpo inerte de Sofía, y estoy completamente paralizado.

—¡No! ¡Él lo hizo! Lo siento mucho —Lloro de desesperación y mis rodillas caen al suelo—. Pagará por lo que hizo bebé, lo prometo.

Ella sigue gritando y llorando mientras me levanto nuevamente limpiándome las lágrimas de la cara y dejando manchas de sangre en el proceso. Estoy temblando e intentando buscar algo que pueda usar como arma, pero todo lo que veo es sangre. La sangre de mi pequeña.

Intento recuperarme lo más rápido posible para deshacerme de ese asesino, así que me dirijo a la cocina para tomar el cuchillo más afilado, pero no está allí. Reviso en todas partes en la cocina, pero no hay nada, no hay cuchillos.

Ella no puede estar muerta. No estuvo aquí hoy, así que eso es imposible. Miro en mis recuerdos, pero no recuerdo nada de esta mañana. Las píldoras, necesito encontrar las píldoras y luego todo estará bien. Ella no está muerta, lo sé.

Vuelvo a la habitación de Sofía, pero su cuerpo y la sangre todavía están allí. ¿Dónde está mi esposa? ¡Concéntrate! Las pastillas. Necesito las pastillas y el cuchillo. Las pastillas y el cuchillo.

Hay gotas de sangre por todo el piso que no estaban allí antes, y la puerta de mi habitación tiene la huella de una mano ensangrentada. Su mano, probablemente. Entro en mi habitación y veo otro cadáver, pero esta vez es mi esposa, y aun brota sangre de su cabeza. Hay incluso más sangre que en la habitación de mi hija.

—¿Sandra? —Digo en un susurro —No, por favor. Hazlo parar. ¡Dios ayúdame!

Empiezo a gritar cuando me acerco a ella y le toco la cabeza. Ella está aquí y está muerta. Dejé ir toda la frustración y rabia que tenía en un grito desgarrador mientras besaba su rostro ensangrentado.

—Regresa a mí. ¡Eres todo lo que tengo! ¡Eres todo lo que tengo! —Grito y golpeo mis puños contra el suelo con todas mis fuerzas. El dolor en mi pecho crece y mi ira también. Me pongo de

pie y veo el cuchillo al lado de su cuerpo. Pagará por esto con la misma herramienta que usó para matar a mi esposa.

—¿Dónde estás? ¡Eres hombre muerto! Sé que estás aquí —digo buscándolo.

—Ahora están muertos y nada los traerá de vuelta amigo —dice frente a mí, sonriendo como siempre.

—Bueno, la policía no va a creer lo que pasó, así que ¡tengo que hacer justicia! —grito, acercándome a él.

—No te creerán porque estas loco y porque el cuchillo tiene tus huellas digitales —dice con una mirada de satisfacción apuntando hacia el cuchillo.

Eso es todo. Agarro el cuchillo del suelo y me levanto para mirarlo.

—¿Qué vas a hacer con eso? —Él pregunta con precaución.

—No me vas a molestar de nuevo. Nunca más —Golpeo su cara tan fuerte como puedo y lo apuñalo en el estómago con el cuchillo. Él mira su herida y luego me mira con los ojos bien abiertos.

—¿Qué has hecho? —dice con lágrimas en los ojos tratando de quitarme el cuchillo, pero lo empujo y lo golpeo en la cara otra vez. Se cubre el cuerpo y me empuja al suelo. La ira es visible en sus ojos mientras golpea mi cabeza varias veces para después tomar el cuchillo y apuñalar mi bra-

zo. Grito de dolor antes de golpearlo con la rodilla. Aprovecho la oportunidad para agarrar el cuchillo nuevamente y ponerme de pie.

—Detente. Por favor. —dice cubriéndose el estómago, pero no puedo evitar apuñalar su pecho y lo hago. Tan fuerte como puedo.

No puedo esperar para verlo muerto. Verlo ahogado en su propia sangre, pero eso no sucede.

—Gané —dice con una sonrisa en su rostro. Él mira hacia mi estómago y siento que el fuego me quema desde adentro. Miro hacia abajo y veo heridas en todo mi cuerpo, en mi estómago, en mi brazo y en mi pecho. Mi camisa ya no es blanca y estoy más confundido que nunca. Pensé que lo había matado.

—has completado el trabajo tú mismo — dice mientras caigo justo al lado de mi esposa. Él se queda viendo a sus victimas en el suelo. Lo último que veo es su rostro. Mi propia cara sonriéndome en victoria.